

BOLSILIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

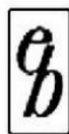
se tiñeron de rojo

KEITH LUGER



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



KEITH LUGER

SE TIÑERON DE ROJO

Colección PUNTO ROJO n.º 617
Publicación semanal
Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-02-025-X

Depósito legal: B. 49.202 - 1973

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición en esta colección: febrero, 1974

© Keith Luger - 1959

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

CAPÍTULO PRIMERO

La rubia tenía lo suyo y lo de una prima hermana, y ya saben lo que quiero decir con esto. Se cubría con un vestido de noche sin breteles y toda ella era una sinfonía en blanco y negro; poseía tal clase de curvas que uno se mareaba a la primera impresión.

Me había dicho su nombre: Dorothy, y yo le había dicho el mío: Bill. Eso ocurrió una hora antes, cuando fui a caer al lado de ella en el mostrador de aquel bar de la playa, pero ahora ya no estábamos en el mostrador, sino en un reservado, y ya íbamos por el tercer beso. La cosa marchaba y prometía ir a más.

Los dos habíamos llegado allí, cada uno por su parte, con una buena carga de *whisky* en el estómago. Luego seguimos bebiendo y aunque yo necesito una buena dosis para turbarme, empezaba a sentir los efectos; pero ella estaba colorada y pensé que lo mejor sería nos fuésemos a su apartamento o al mío.

—Oye, nena —le dije después del cuarto beso—, ¿por qué no nos vamos?

—¿Sí? —rió ella—. ¿Adonde?

—A tu casa o a la mía, no tengo preferencias.

—Eres un pillo, Bill —me miró con los ojos muy encendidos—. Sí, señor eso es lo que eres.

—Bueno, no vamos a estar toda la noche aquí. Dentro de poco vendrán las mujeres de la limpieza.

—Eres maravilloso, Bill —dijo riendo sin contestar directamente a mi pregunta, y abatió su cabeza sobre mi pecho.

Pensé que ella ya había tenido bastante y le quité el vaso de la mano.

Me miró con un gesto de supuesta furia.

—¿Qué haces, Bill?

—Todo en este mundo tiene su límite —le respondí cogiéndole la barbilla—. Si bebes un poco más, arruinarás la velada.

—Yo quiero beber y no necesito que tú me lo pagues. Tengo dinero, ¿sabes?

—No lo dudo, nena. Pero cuando Bill Forrester sale con una chica no consiente que ella pague la cuenta.

Volvió a sonreír.

—Bill Forrester —repitió ella—. Tienes nombre de marino, ¿sabes, Bill? Tienes nombre de marino. ¿Por qué no eres marino?

—Quizá tome en consideración tu sugerencia —dije muy en serio, porque en tierra los negocios habían empezado a no irme bien.

—Estupendo, Bill; yo te pagaré el uniforme. Sí, señor. Seré tu madrina. ¡Tengo una idea!

—Me la explicarás en tu apartamento, ¿eh, Dorothy?

—Iremos a un almacén de ropas —dijo desasiéndose—, y te compraré el uniforme todo blanco y con una gorra de plato —se detuvo unos instantes parpadeando—. Contralmirante Forrester, ¿qué te parece, Bill?

—Suena muy bien, pero tendrás que esperar a que los almacenes abran.

—Tiraremos la puerta abajo. Te lo compraré ahora, Bill.

Pensé que iba a tener dificultades con la chica. Las borracheras de las mujeres son más pesadas cuando ellas se empeñan en una cosa. A ésta le daba por disfrazarme y quizá estuviese dispuesta a comprar un submarino, aunque fuese de bolsillo. Me dije que si le llevaba la corriente podría lograr que abandonase su idea un poco más tarde.

—De acuerdo, nena. Vamos a por ese uniforme.

Me echó los brazos al cuello y me besó. ¡Infiernos, era pura dinamita!

Y en eso la puerta del reservado se abrió.

Volví la cabeza para protestar contra el inoportuno mozo, pero quedé inmóvil observando a los dos tipos que había allí. Los dos eran enormes, y yo no los había visto nunca antes.

El que estaba a la derecha tenía la cabeza aplanada como un huevo, la nariz chata y los ojos muy separados. El otro, de su misma altura, era de cejas espesas y orejas arrepolladas. Su labio inferior se encogía hacia arriba dejando tres dientes al descubierto.

—Hola, Bill —dijo Cabeza de Huevo con los ojos fijos en mi

cara.

Fruncí el ceño.

—No le conozco a usted —dije.

—¿De veras? —murmuró y miró a su compañero—. ¿Lo has oído? No me conoce y apuesto a que a ti tampoco.

Labio de Conejo soltó una risita.

Dorothy, que se había quedado tan sorprendida como yo, soltó una carcajada.

—¿Es que te avergüenzas de tus amigos, Bill? Vamos, amigos, beban con nosotros.

Los dos tipos no se movieron.

Cabeza de Huevo hizo una mueca y dijo:

—Márchate, rubia.

—Eh, ¿quién se cree que es usted? —dijo Dorothy—. ¿No estará hablando en serio?

—He dicho que te largues.

La rubia me miró.

—¿Lo has oído, Bill? Ajústale las cuentas... ¡Te exijo que les ajustes las cuentas!

—Ya han oído a la señora —dije—. Su presencia no es grata. Den media vuelta y salgan antes de que llame a la policía.

Sabía que mi amenaza no serviría para nada, y allí se quedaron como dos rocas inconmovibles.

—¡Tíralos! —gritó Dorothy.

Me puse en pie. ¡Demonios! Yo soy alto, mido uno ochenta y cinco, pero el más bajo de aquellos tipos me sobrepasaba en cinco pulgadas, y referente al peso, me llevaban entre los dos más de treinta kilos. Claro que yo tenía una ventaja. Conocía unas cuantas tretas de las que ellos no habrían oído hablar en su vida.

—Se van a marchar —dije—. ¿O necesitan que yo les cambie de sitio?

No me contestaron.

Amagué con el puño izquierdo y solté el derecho. Lo dediqué a Cabeza de Huevo, pero entonces ocurrió algo inesperado. Labio de Conejo proyectó hacia arriba su brazo, desvió mi puño de su primitiva trayectoria y cuando por la fuerza del impulso me echaba hacia atrás, Cabeza de Huevo me conectó un terrible zurdazo en el plexo solar.

Expulsé de una vez todo el aire mientras caía sobre la mesa reduciéndola a astillas.

Dorothy lanzó un grito.

Golpeé la cabeza contra el borde de la silla y me quedé inconsciente. Vi entre una nube que la rubia escapaba del reservado, como si acabase de descubrir que el local estaba ardiendo por los cuatro costados.

Me levanté y conseguí mantener la mirada fija en los dos fulanos.

—Les dije antes que se confundieron —murmuré.

—No hay error —dijo Cabeza de Huevo—. Usted es Bill Forrester.

—Sí.

—Venimos de parte de Krumei.

—Charles, ¿eh? —Sonreí—. Es muy amigo mío.

—Pero a los amigos también se les paga. Krumei conserva en su poder dos pagarés suyos, uno por tres mil y otro por mil seiscientos.

—Creo que lo recuerdo.

—Debió recordarlo mucho antes. Krumei le dio de plazo hasta final de mes, y estamos a seis.

—Caramba —dije—, ¿cómo se me pudo olvidar?

Me arreglé el nudo de la corbata sonriendo.

Los dos se miraron, pero los cuatro ojos parecían cuentas de vidrio. Era igual que si estuviesen observando a un gusano.

—Un día de éstos iré a visitar a Charles —murmuré sonriente—. Le pagaré su dinero y de paso le tiraré de una oreja. Siempre con sus bromas, el amigo Charles.

—Esto no es una broma —dijo Cabeza de Huevo.

—No, no lo es —convino Labio de Conejo.

—Está bien; ustedes ganan —dije conciliador—. Les extenderé un cheque por el total.

—Nada de cheques —opuso Cabeza de Huevo—. Krumei quiere dinero efectivo.

—¿Green que puedo llevar encima tantos billetes? Vuelvan donde está Charles y díganle que en cuanto abran los Bancos me dejaré caer por su despacho.

—Usted está equivocado, amigo —repuso Cabeza de Huevo—. No tiene un condenado dólar en ningún Banco.

Hice chasquear la lengua.

—Ustedes saben mucho. ¿Qué es lo que podemos hacer?

Hubo un silencio y los dos tipos seguían sin moverse.

Cabeza de Huevo se mojó el labio inferior con la lengua.

—Nos costó mucho trabajo encontrarlo, Bill, y ahora no podemos desaprovechar el viaje.

Sabía lo que quería decir con eso y me preparé para defenderme. No me agradó la idea de permanecer en el hospital quince días con los huesos rotos.

Labio de Conejo quiso ser el primero. Avanzó sobre mí como un robot, el brazo extendido. Vi su garra acercarse a mi cuello. El creyó que todo sería muy fácil porque confiaba en su corpulencia.

Me agaché rápidamente y le aticé en el estómago. Cuando se estaba arrugando le pegué con el dorso de la mano izquierda junto a la oreja.

En ese momento Cabeza de Huevo me cazó con un golpe seco en el cuello. Pensé que me pegaba con un garrote, o con un martillo pilón o con la estatua de la Libertad.

Quedé inmóvil y sentí que la sangre me afluía al rostro. Me estaba ahogando. El país se había quedado sin aire. Debía comunicarlo al Departamento de Defensa. Los marcianos nos dejaban sin oxígeno. Y en eso. Labio de Conejo me cogió el hígado con los dedos y me lo retorció. ¡Maldita sea! Me lo convirtió en «foie-gras». Proyecté mi rodilla derecha hacia delante y ésa fue una buena idea, porque el tipo estaba agachado y le reduje las narices a pulpa.

Oí el ruido que producían sus cartílagos al romperse y empezó a arrojar sangre, pero el puerco de Cabeza de Huevo seguía muy cerca de mí. Sus brazos eran como los tentáculos de un pulpo, llegaban a todas partes y en especial a mi estómago, a mi cara... Me estaba machacando rápida y pacientemente y tuve la impresión de que a cada golpe suyo me enterraba en el suelo como si yo me hubiese convertido para él en un clavo. El condenado *whisky* me había colocado en una situación de inferioridad.

Caí al suelo y mi mano tocó un trozo de madera que aferré. Levánteme rápido y lo dejé caer sobre Cabeza de Huevo. Tuve la esperanza de que le rompiese el cascarón, pero lo que se hizo polvo fue el trozo de madera.

Me quedé perplejo unos instantes y ése fue un terrible descuido. Labio de Conejo se levantó esgrimiendo una cachiporra. Pensé que se levantaría para descargarla sobre mí, pero no fue así. Me la soltó de frente y justo me pegó entre los dos ojos.

Vi millones de estrellas y el dolor me laceró el cerebro transmitiéndose en ondas hacia abajo, hasta los talones. Estaba seguro de que yo tenía los ojos abiertos, pero no veía nada y todas aquellas estrellas empezaron a caer, una a una, sobre mí, y chocaban contra mi cabeza de punta y se rompían y sus pedazos se me incrustaban en la carne, me agujereaban la piel y me la desgarraban...

Luego vino un silencio.

Unos quinientos años más tarde oí una voz:

—¡Infiernos, cómo le han dejado!

—Seguro que no aguanta a mañana —dijo otro—. Llévatelo, Ben, y déjalo en cualquier parte. No quiero líos con la policía. Pero sácale dinero para pagar la consumición.

—Tendrá que ayudarme a transportarlo al coche, patrón. Apuesto a que este individuo se ha olvidado hasta de andar.

Sentí que me cogían por piernas y brazos y luego el aire fresco me vivificó un poco.

Me columpiaron a un lado y otro y me dejaron caer. Era lo que me faltaba. Mis huesos crujieron. Y luego el piso en que me encontraba empezó a moverse.

Al cabo de un rato el vehículo en que me llevaban se detuvo. Sentí que me cogían por los tobillos y que tiraban de mí. Golpeé en la arena. Luego oí el ruido de un motor. El tipo había cumplido su misión y se marchaba.

Escuché el ruido del oleaje. Bien; estaba en la playa.

Deseé que el fulano me hubiese dejado cerca de la orilla. Sentí unas terribles náuseas y arrojé todo el *whisky*. Eso era bueno.

Empecé a arrastrarme y me pareció que el mar se alejaba de mí, pero lo extraño era que seguía oyendo a la misma distancia el ruido de las olas.

Y de pronto sentí la caricia fresca del agua. Seguí avanzando y una ola me bañó la cara.

Permanecí un rato quieto y el mar me fue devolviendo la vida.

Sentí el cuerpo dolorido. Transcurrió una hora y luego otra. El

sol empezó a alzarse sobre el horizonte. Durante un rato, un trozo de mar pareció convertirse en un río de sangre y, justo, la sangre confluía en mí.

Sentí pasos y vi a un hombre con una caña de pescar al hombro y una cesta en la otra mano.

—¡Infiernos! —graznó—. ¿Qué le pasó?

—Peleé con mi mujer —repuse, y me maravillé de que pudiese hablar.

Se encogió de hombros y siguió su camino mientras comentaba:

—Las hay fieras.

Hice un esfuerzo por levantarme y lo conseguí aunque lo más difícil vino después: mantener el equilibrio para no caer.

Eché a andar por la parte dura de la orilla porque pensé que lo que necesitaba era ejercitar los músculos de las piernas.

Unas veinte yardas más allá resoplaba como una locomotora. Me dolía el pecho, el hígado, los riñones y en mi cabeza, aprovechando mi estado de semiinconsciencia, se habían metido un millar de grillos.

Otra vez empezaron las náuseas y el disco rojo del sol empezó a moverse de parte a parte de la tierra, cada vez más aprisa. Entonces me desplomé y me dije que haría falta una grúa para levantarme.

CAPÍTULO II

Transcurrió otro siglo.

De repente sentí que a mis oídos llegaba una música, el ritmo de un «calipso», y pensé que los del infierno me recibían con mi pieza favorita.

Abrí los ojos esperando ver a un tipo con cuernos, pezuñas y rabo, pero quizá yo era un fulano de categoría y habían comisionado a la diablesa mayor para que me diese la bienvenida.

Era morena, y poseía un cutis nacarado cuya piel parecía transparentarse y el óvalo de su cara era perfecto, un óvalo en el que destacaban unos ojos grandes, rasgados, defendidos por largas y sedosas pestañas, nariz recta sensitiva y labios rojos. Se cubría con un manto blanco que se adaptaba a sus formas.

—Hola —me dijo con una sonrisa.

Vi sus dientes perfectos, pequeños, bien alineados.

Sentí que mi cuerpo ardía. Las llamas debían estar muy cerca.

—Oiga —le dije—, ¿no puede conseguir del gran jefe que rebaje un poco la presión de las calderas?

Ella sonrió otra vez.

—Para haber estado doce horas inconsciente se despierta usted con bastante buen humor.

Cerré y abrí los ojos y detrás de ella, sobre la pared, vi un cuadro que representaba a un ciervo herido por la flecha que le había disparado una mujer con poca ropa.

Traté de incorporar la cabeza y me crujieron las vertebras, la dejé caer y sentí que se hundía en un almohadón.

Así pues, no estaba en el infierno. Miré otra vez a la mujer y me pareció más diablesa que antes, aunque los dos nos encontrábamos en la Tierra. Por fulanas como ella se levantaban la tapa de los sesos muchos tipos en este valle de lágrimas.

Lo que yo había tomado por un manto era un traje de noche de

línea griega que servía para enseñar muchas cosas.

Me llevé las manos a las sienes.

—Tome un trago —oí que decía.

Lo que me alargaba era un vaso de leche.

—¿Es que quiere acabar de matarme? —dije—. ¿Dónde tiene el *whisky*?

—No sea tonto. Ya bebió bastante para todo el año.

Bebí un trago de aquel nauseabundo líquido y solté una imprecación jurando que no me lo haría repetir.

Estaba en un diván. Me levanté y puse los pies en el suelo. Me sujeté la cabeza con las manos porque creí que se me caía.

—Pensé que se iba a morir —dijo la joven, pues yo había calculado que no tendría más de veinticinco o veintiséis años.

La miré otra vez.

—¿Quién me trajo aquí? Supongo que no sería usted sola.

—Fue Molly quien le descubrió a usted en la playa.

—¿Molly?

—La criada. Ella me avisó y entre las dos le trajimos.

Me puse en pie y apoyándome en los sillones que encontré en mi camino me acerqué a un gran ventanal. Vi cómo las olas rompían a unas treinta yardas en la arena. El sol se estaba ocultando en el horizonte del mar.

A la izquierda había un conglomerado de rocas. Deduje lo que había ocurrido. Debí haber seguido andando sin darme cuenta hasta meterme en una residencia particular.

Vi una terraza con una mesa y tres sillas extensibles. Sobre la baranda había grandes macetas con plantas tropicales. Me volví.

La diablesa se había sentado en un sillón con las piernas cruzadas y de esa forma pude conocer su esbeltez.

—¿Es suyo este chinchorro? —pregunté.

—Como si lo fuese.

—¿Marido?

—Como si lo tuviese.

Dejé de hacer preguntas. Vi un paquete de cigarrillos y un gran encendedor sobre una mesa.

Después de lanzar una bocanada de humo me di cuenta de que la joven no apartaba los ojos de mí.

—Debo darle las gracias, ¿no? —dije.

—Puede hacerlo si quiere.

Era sobria, parca en palabras.

—¿Cuál es su nombre? —inquirí.

—Martha.

—Bien, Martha; le estoy muy reconocido. Y ahora, si me puede decir por dónde debo salir...

—No le he dicho que se vaya.

Le señalé el vestido.

—Pero usted se disponía a ir a alguna parte.

—Pensé que usted tenía para tres o cuatro horas más y decidí dar una vuelta por ahí.

—¿Y ahora?

—Ahora ya me quedo.

Guardamos silencio otra vez.

Di unos pasos por la habitación. De pronto me detuve y la observé.

—¿Por qué me mira así, Martha?

—¿De qué forma le miro?

—Calculadoramente.

En un mueble bar descubrí una bandeja. El fondo era un espejo. Quité los vasos y levanté la bandeja observando mi imagen reflejada.

Esperaba ver muchas protuberancias, hematomas; pero no había tantas como yo creía. Tenía una herida en el pómulo que ya se había cerrado, un corte en la nariz y unos cuantos trozos de piel amoratada, pero ¡cielos!, estaba presentable. De ello se había encargado Martha curándome.

Dejé la bandeja en su sitio y presté atención a la joven.

—Como le iba diciendo —proseguí—, usted da la impresión de que está considerando lo que podrá sacar de mí, como si fuese a ponerme en venta.

—¿Sabe una cosa? —retrucó ella—. Según las leyes, yo soy la dueña de los despojos que el mar arroja a mi playa.

Fruncí el ceño. No me gustaron sus palabras.

Me miré la ropa. Los pantalones estaban rotos, sucios, y la camisa y la chaqueta no ofrecían mejor aspecto. Todo ello unido a mi cara lastimada y a mi pelo en desorden, daba la razón a ella de que yo era un despojo. La diablesa resultaba tener un alto sentido

del humor.

—Un día de éstos le haré una visita, Martha —le dije—. Cambiará de idea respecto a mí.

—Tendrá que ser usted el primero en cambiar, Bill. Está arruinado.

—Me registró la cartera, ¿eh?

—Sí, pero sólo encontré su pasaporte y un billete de a dólar —hizo una pausa—. Tenía una idea distinta de los mineros.

Se refería a la profesión que figuraba en mi pasaporte. Prospector de Minas.

El humo del tabaco me secó el estómago.

—Oiga, Martha —dije—, ¿por qué no completa su buena obra y me ofrece un bocado?

Asintió y se puso en pie.

—Molly se ha marchado. Acompañeme a la cocina.

Así en pie parecía mucho más hermosa y ya lo era con avaricia cuando estaba sentada. Dejé que cobrase un poco de ventaja y mis ojos observaron el suave contoneo de sus caderas. Le concedí la máxima puntuación de la temporada.

Fuimos a la cocina. Abrió la nevera y me preparó unos emparedados y sacó una botella de cerveza. Luego, al acabarlo todo, me sirvió una taza de aromático café y para que yo no hiciese nada de gasto, trajo cigarrillos.

Estábamos sentados ante una pequeña mesa, frente por frente.

—Bueno —sonreí interrumpiendo el silencio—, ya puede empezar.

—¿Empezar?

—Usted me va a pedir algo.

—¿Cómo lo sabe? —sonrió ella.

—Basta haber recorrido un poco de mundo y conocer a las mujeres para saber cuándo uno se encuentra a tiro. ¿Qué es lo suyo?

—¿Le gustan los negocios, Bill?

—Según como sean. Los hay sucios y limpios, y no me entusiasma estar a la gresca con la policía.

—¿Por qué supone que le voy a proponer un negocio sucio?

—Quizá sea esta casa, la forma en que usted me encontró, su belleza; en fin, el ambiente...

—Sólo acertó a medias —se quitó una brizna de tabaco del labio inferior con la punta de la uña del dedo índice—. ¿Sabe algo de brillantes?

—Soy prospector y trabajé en las minas de diamantes del Brasil durante ocho meses, hasta hace unas semanas.

—¿Por qué no continuó allí?

—Tuve una pelea y me obligaron a rescindir el contrato, a cambio de no buscarme complicaciones.

—Apuesto a que desde entonces se encuentra en la mala racha.

—Es posible.

—Ahora van a cambiar las cosas para usted.

—No creo en cuentos de hadas, ¿sabe?

—Le hablo de brillantes. El valor total de la partida es un millón de dólares.

Guardó silencio para ver el efecto que me producían sus palabras, pero se equivocó si creyó que iba a hacer un agujero en el techo.

Di una chupada al cigarrillo y expulsé el humo lentamente, sin prisa.

—No me interesa, nena —dije.

Las aletas de su nariz palpitaron.

—No va a robarlos y mi nombre es Martha.

Así, sería, resultaba más tentadora y sentí deseos de recorrer la distancia que nos separaba para besarla en la boca. Me contuve.

Sonreí y dije:

—No me diga que su abuelito le dejó veinte acres y que está segura de que escarbando un poco encontraremos ese millón en pedruscos.

—No; tampoco es eso. El asunto está relacionado con el tipo que paga todo esto.

—Ese que podría ser su marido, ¿eh?

—Sí, y por favor deje también los sarcasmos.

—¿Sabe que tampoco a mí me gusta su tono, Martha?

Nos miramos retadoramente.

—Está bien —concedió ella—. No nos pongamos nerviosos antes de tiempo y escuche hasta el final.

—Adelante; la escucho.

—Mi hombre se llama Robert Decker y se dedica al contrabando

de joyas. Una vez cada dos meses, se embarca en una lancha que tiene en uno de los cayos del sur y se interna mar adentro, hasta abandonar las aguas territoriales. Hace el viaje de noche. A una hora convenida otra embarcación se cruza con la de Decker y deja caer algo en el mar, un paquete que se sostiene en el agua. Decker sólo tiene que recogerlo y regresar al punto de partida. El negocio casi ha quedado terminado. Acaban de introducirse ilegalmente en Estados Unidos brillantes por valor de un millón de dólares.

—Su Decker es un tipo estupendo. Eligió bien.

—A mí no me gusta. Sólo le he tolerado por su dinero.

—Ya comprendo, y por eso empezó a pensar en hacerse con su dinero y dejarle a él.

—Usted es muy listo, Bill. Ya comprendió el asunto, ¿eh?

—Creo que he olfateado algo. Usted quiere que yo ocupe el lugar de Decker, recoja los brillantes y se los entregue a usted.

—Es usted un maravilloso adivino.

Cogí la servilleta que había sobre la mesa y me la pasé por la boca. Luego me puse en pie.

—Gracias por su hospitalidad, Martha. De todo lo que me ofreció, lo mejor fue el café. Mantengo mi oferta de corresponderle la primera vez que nos encontremos. Buena suerte hasta entonces.

Caminé hacia la puerta que debía comunicar con la parte trasera de la casa.

—¡Quédese ahí! —Oí que gritaba a mi espalda.

Volví la cabeza con la mano en el tirador.

—No puedo quedarme. Un par de amigos me esperan para formar partida.

—Usted no puede hacer número en una partida, porque sólo cuenta con el dólar que le resta en la cartera y dudo que tenga también un solo amigo. No paga desde hace seis semanas en el hotel de tercera categoría en que se hospeda, y los hombres que lo pusieron en ese estado se los envió Charles Krumey.

Giré hacia ella.

—Síntese y no sea insolente —exclamó, y observé un brillo de furia en sus ojos.

—¿Le dije que me mantengo soltero porque no acepto órdenes de una mujer?

—Usted va a aceptar las mías, si es que da lugar a ello. Pensé

que tendría sentido común y no llegaríamos a esto.

—Oiga, usted está mal de la cabeza. ¿O es que se ha tomado en serio lo de los despojos que el mar arroja en su playa particular?

Cogió un bolso que había sobre una silla y lo abrió rápidamente. Extrajo un par de papeles que me puso en alto.

—¿Conoce esto? —preguntó.

—No lo veo desde aquí.

—Pues acérquese. Son fotocopias de los pagarés firmados por usted a Charles Krumey.

Sentí un estremecimiento. Aquello cada vez me gustaba menos.

Di dos pasos y retiré de su mano las dos cartulinas. No había duda, tenía razón.

La miré otra vez.

—¿Cómo tiene esto en su poder?

—Me han costado exactamente cuatro mil seiscientos dólares.

—¿Le pagó usted a Krumey?

—Sí, Bill. Y los originales están en lugar seguro —se levantó del sillón y echó a andar con movimientos felinos—. ¿Se da cuenta, Bill?

—Prefiero oírlo de sus labios.

—Si usted no accede a secundar mi plan lo denunciaré a la policía. Ya sabe lo que eso significará para usted. Irá con seguridad a la cárcel —se volvió con un gracioso giro y detuvo sus grandes ojos en los míos—. ¡Oh, Bill! ¿Por qué ha permitido que lo coaccione...? ¿Quiere olvidarse de los pagarés? Prefiero que lo considere como un negocio. Se lo quería exponer así desde el principio, pero usted se ha mostrado tan terco...

—Le advertí que no me gustaban los asuntos sucios.

—¿Dónde está la suciedad? Decker sólo es un delincuente, ¿lo entiende? Naturalmente, él es miembro de una banda que se dedica a introducir esos brillantes. Son todos una pandilla de pájaros de gran vuelo y usted sólo los va a burlar a ellos, no a un honrado padre de familia.

Enfocadas así las cosas, parecía que tenían sentido.

—No está mal —murmuré—. Pero usted olvida que lo que pretende es algo muy difícil de lograr.

—Nosotros lo haremos posible. Me informaré del lugar en que se realiza el encuentro, el día y la hora, y de todas las dificultades que

pueda encontrar en su camino. Lo demás le corresponde a usted.

—¿Cuánto?

—Mitad y mitad. Seremos socios al cincuenta por ciento.

Me froté la nuca. ¡Infiernos!, se había referido a un millón de dólares y, tal como ella contaba el asunto, debía ser cierto. No podía engañarme, después de invertir cuatro mil seiscientos dólares en mis pagarés.

Llevaba diez años de mi vida yendo de un continente a otro en busca de la fortuna, pero jamás la había encontrado, y ahora, de pronto, en mi propio país, se me presentaba la gran oportunidad.

—¿Me eligió a mí, simplemente porque fui a parar a su playa? —pregunté.

—Cuando le vi las magulladuras, me supuse que era un tipo duro, justo lo que necesitaba para este negocio. Lo venía pensando desde hace tres meses. Usted ha dicho que conoce a las mujeres. Yo también conozco a los hombres. Anduve por ahí buscando a uno que tuviese agallas para hacer una cosa como ésta, pero no lo encontré porque además de valor debía reunir ciertas condiciones. Yo tenía que atarlo seguro para evitar que me engañase —sonrió—. Después que Molly y yo lo trajimos aquí y lo curamos seguí ocupándome de usted. Vi su nombre en el pasaporte e inmediatamente me puse en contacto con uno de los mejores detectives de Miami. Quería saber quiénes le habían pegado a usted y por qué. Para el detective fue cuestión de muy poco tiempo el saberlo. Luego sólo tuve que ir al despacho de Charles Krumey a recuperar sus pagarés.

—Una chica muy lista.

Casi no había escuchado su última parte. Por mi mente danzaba ahora el medio millón que me correspondería en aquel negocio. Naturalmente, sería un medio millón corto, puesto que había que suponer que perderíamos una buena cantidad en su venta.

Empezaba a considerar el negocio atractivo. Prendí fuego a otro cigarrillo.

—Bien, nena —dije y dejé transcurrir unos segundos, pero ella no me rectificó—. Vamos a realizarlo, pero yo seré quien lleve la iniciativa porque es mi pellejo el que se pondrá en juego.

—De acuerdo, Bill.

Asentí y di una chupada al cigarrillo.

—¿Cuándo acostumbra a venir Decker por aquí?

—A finales de semana. Llega el viernes o a veces el sábado por la mañana e, invariablemente, se marcha el lunes a primera hora.

—Describemelo.

—Es unas tres pulgadas más bajo que tú, de fuerte complexión, rubio, ojos azules, rostro vulgar y nariz un poco aguileña.

—¿Pistola?

—La lleva siempre consigo en una funda bajo la axila.

—¿Amigos?

—Yo le conozco a uno solo, pero no ha venido con él siempre. Sólo un par de veces. Su nombre es Hermann Petterson.

—¿De qué habla con Decker?

—Nunca les he oído una conversación que pudiera interesarme. El tema gira siempre alrededor de las carreras de caballos o de las riñas de gallos que han presenciado en La Habana.

—¿Supones que tiene algo que ver con el negocio de los brillantes?

—Creo que no.

—¿Qué sabes de la barca en que viaja Decker cuando va a recoger la mercancía?

—Sólo va el patrón con Decker, un tal Jim. Decker me habló de él, porque al parecer es un tipo que le hace mucha gracia. Jim se ha casado cuatro veces y creo que aún no está cansado del matrimonio. La barca se llama *La Platense* y al parecer corre tanto como un guardacostas.

—Tiene que ser así para que a Decker le puedan salir las cosas bien —comenté—. ¿Qué más sabes?

—Es ahora cuando tengo que enterarme de todo lo demás. No quería exponerme a sonsacar a Decker antes de tener a mi hombre.

—Muy bien, nena; tú tienes la palabra. Será mejor que nos pongamos en contacto por teléfono.

—Ya he pensado en ello —dijo ella—. No quiero que vengas más aquí. No podemos arriesgarnos a que alguien te vea entrar y se lo diga a Decker. El debe estar seguro de mi fidelidad.

—Muy bien, pero supongo que tenemos que esperar muchos días y no tengo dinero, ya lo sabes.

Cogió su bolso y después de abrirlo extrajo un fajo de billetes.

—Aquí tienes doscientos. Arréglate con ellos.

Alcancé el fajo y me lo metí en el bolsillo sin contarlo.

—Tendrás que preparar más para cuando empiece el asunto.

—No te preocupes. No faltará dinero.

Di unos pasos hacia ella, la abarqué por la cintura y la besé en la boca. Yo lo estaba deseando desde hacía mucho rato y no me podía marchar sin besarla.

Martha no hizo nada por prolongar el acercamiento y sus brazos colgaron a lo largo del cuerpo. Aquella mujer era un bloque de hielo.

Cuando me separé me miró con ojos desprovistos de interés mientras me decía:

—Debe quedar una cosa clara desde ahora.

—¿El qué, nena?

—Tú y yo somos dos socios unidos por el interés; sólo eso, Bill.

Observé sus hombros redondos. Eran tentadores.

—Descuida —repuse—. Siempre he dejado en paz a las mujeres que no tienen sangre en las venas.

Encajó mis palabras y por unos instantes sus hermosos ojos brillaron iracundos, pero en seguida aquel fuego se apagó y sus labios distendiéronse en una sonrisa.

—Así irá todo mejor —murmuró.

Me encaminé hacia la puerta, y ella dijo:

—Será mejor que no salgas del hotel a partir del viernes. En cualquier momento puedo necesitarte.

Aquel día era jueves, por lo que tendría todavía unas horas de libertad.

—Corriente, nena —dije y abandoné la casa.

Di una vuelta para saber dónde me hallaba y supe que la casa se ubicaba al sur de la Bahía de Biscayne, muy cerca de Tahití Beach.

Me aparté de la playa y gané la calle Douglas, pero tuve que salir a la Avenida Poinciana para encontrar un taxi que me llevó a mi hotel. Pagué mi cuenta atrasada.

En mi apartamento combiné el agua fría y caliente para bañarme y eso fue algo estupendo, hermano. Por fortuna guardaba una botella de *whisky*, que estaba llena por la mitad. Bebí un trago, encendí un cigarrillo y me tumbé en la cama. Tenía muchas cosas en qué pensar: en la morena Martha; en los brillantes por valor de un millón de dólares; en Decker; en una barca que se llamaba *La*

Platense y en su patrón Jim, un tipo que se había casado cuatro veces.

Y de pronto me pregunté cómo podría sustituir yo a Decker para hacerme con la mercancía. La cosa iba a ser difícil pero ¡infiernos!, había un buen puñado de dinero por medio y valía la pena calentarse la cabeza para lograrlo.

Al cabo de una hora me cansé de pensar inútilmente y salté del lecho. Me afeité, me puse ropa limpia, un traje gris perla, y me lancé a la calle.

Tenía un asunto que zanjar. Ahora estaba completamente sereno. Había unos tipos que me debían algo. Krumei, el dueño del Club Ocean, y dos de sus simpáticos matasiete, Cabeza de Huevo y Labio de Conejo. Pero antes de ir allí compré una pistola.

CAPÍTULO III

Charles Krumey tenía la cabeza rapada a lo Yul Brynner, pero era un poco más grueso que el actor de cine. Sus labios estaban perennemente separados, como si sonriese, y eso era un hábito en él porque de esa forma conseguía sacar partido de los hoyuelos que se le marcaban en las mejillas.

Me había colado en su despacho sin llamar, después de pasar por la sala de juego, y él se puso en pie y me miró con ojos acuosos.

—¿Cómo te han dejado pasar? —preguntó.

—Dije que me estabas esperando, Charles, y que venía a pagarte. Eso siempre anima a los muchachos.

—Tú y tus malditos trucos. Debiste suponer que no quería verte por aquí.

Avancé hacia su mesa.

—Claro que sí, Charles, lo he supuesto.

—Entonces será mejor que te marches. No puedo dedicarte ningún tiempo.

—Eres un tipo que siempre está muy atareado, Charles. No deberías trabajar tanto. ¿No lees las estadísticas? Las enfermedades del corazón hacen estragos en los hombres de negocio y sólo es porque se toman la vida demasiado en serio.

Simuló un bostezo.

—Me aburre tu filosofía, Bill. Si no tienes más que decir...

—Tengo, Charles; claro que tengo.

—Está bien; termina pronto.

—Quiero que me informes acerca de la dama que canceló mis pagarés.

—¿No es amiga tuya, Bill?

—No.

Se echó a reír y murmuró:

—Siempre he dicho que eres un tipo de suerte.

—Adelante, Charles. Te escucho.

—Martha Garland viene de vez en cuando por aquí, pero no la conozco mucho. Sé que su amigo es un tal Decker.

—¿A qué se dedica él?

—No lo sé.

—¡Y un cuerno! Conozco de qué forma llevas tus negocios, Charles. Si una joven como Martha se deja caer por tu establecimiento, es seguro que debes saber de ella hasta lo que hizo de niña.

Me miró meditativo.

—Decker está tan pronto en Los Ángeles, como en Nueva York o en Chicago. Negocios de altura. Es vicepresidente de la Chase Company. Tiene una fábrica en Dallas, Texas; fabrican pequeños objetos en los que entra en juego el acero.

—Pero tú no ignoras que eso es una tapadera.

—¿Tú crees, Bill?

Estaba seguro de que él sabía a lo que se dedicaba realmente Decker, pero tampoco me interesó ahondar mucho en la cuestión.

—¿Qué hay de ella? —pregunté.

—Mis informes sólo alcanzan hasta hace cinco años. La chica fue a Nueva York para trabajar en el teatro. Se casó con un representante, un tal Henri Sabin. Martha le arruinó en un par de años y entonces ella le abandonó. Sabin quiso dormir mucho y se facturó al estomago toda una caja de pastillas somníferas.

Sonreí para mis adentros. No me había fallado mi corazonada, cuando supuse que por la diablesa habría muchos tipos dispuestos a ir al infierno.

—¿Y después?

—Anduvo mezclada en un asunto de drogas. Al parecer ella colocaba la mercancía. La banda cayó en poder de la policía y Martha se las arregló para que los fulanos no la mencionasen. Fue absuelta. Consiguió un puesto de conjunto en una revista de Broadway y hace cosa de un año la conoció Decker. El la sacó del teatro y la trajo aquí.

Hice un movimiento afirmativo de cabeza.

—Te voy a dar un consejo —dijo Krume, bien marcados sus hoyuelos—. Esa chica sólo puede traerte dificultades.

—¿Cómo lo sabes?

—Ninguna mujer invierte cuatro mil seiscientos dólares en un tipo si no hay algo por medio, y ese algo es lo que me inquieta.

—Le he gustado.

Soltó una risita.

—Al diablo con eso, Bill. Esa chica es de las que no quieren más que a sí mismas. No hay hombre que pueda atraerlas. Martha Garland me recuerda a esos insectos hembras que matan al macho cuando ya no pueden sacar nada de él.

—Te has vuelto muy comprensivo, Charles. No sabía que yo te preocupase tanto.

—Todos se equivocan conmigo.

Se la podría pegar a cualquiera, pero no a mí. Charles Krume y era un tipo sádico, cruel, despiadado. Para él sólo había un motivo esencial para vivir: el dinero, y no le importaba el modo de conseguirlo. Nuestra supuesta amistad no había nacido en Miami. Yo sólo llevaba quince días en la ciudad. Habíale conocido en Las Vegas. Entonces él trabajaba en un club de allí como simple encargado, pero eso había sido tres años antes y ahora él había subido y yo estaba en baja. Me quería tanto que sólo se preocupó de que descargase en seguida los cuatro mil dólares que yo traía del Brasil. Me había recibido con palmadas, ofreciéndome su mejor *whisky*, y me juró tres veces que en su casa se jugaba honradamente. Cuando acabó con mis dólares me dio un poco de crédito porque pensó que quizá yo podría tener más dinero en algún Banco. Pero calculó mal. Yo estaba sin un centavo. Luego me entere por un viejo jugador de que en el casino se hacían trampas. Estaba dispuesto a conformarme con mi suerte, pero Charles me trató como a un vulgar delincuente y me envió a dos de sus mejores hombres, a Cabeza de Huevo y a Labio de Conejo, para que me diesen un escarmiento. Eso era lo que me quería. Bien; yo no podría sacar más de él de lo que había sacado. Sabía más cosas de Decker, pero no me las quería decir. Tendría que ser yo el que las investigase por mi cuenta. La visita ya había terminado. Sólo faltaba la despedida.

—Espero no verte en otros tres años —dijo sonriente, y me tendió la mano.

Se la cogí y tiré de él con todas mis fuerzas. Pesaba muy poco y empezó a volar cruzando la habitación.

Me volví para verle aterrizar. Se estrelló sobre la mullida

alfombra y rodó hasta golpear la espalda contra el sillón.

—¡Maldita sea! —gritó con voz dolorida—. ¡Sandy...! ¡Luke!

Se abrió la puerta y aparecieron mis amigos, los matasiete. No les vi pistolas en la mano, y yo tampoco saqué la mía. Sólo haría uso de ella en caso de necesidad, y ahora me consideraba en forma para enfrentarme con ellos. Me observaron igual que en el reservado cuando yo estaba con la rubia: con ojos carentes de vida.

Charles se puso en pie y soltó un gemido.

—¿Qué estáis esperando? —exclamó—. ¡Ha venido por más! ¡Quiero oír el crujido de sus huesos!

Los dos tipos echaron a andar al mismo tiempo hacia mí y yo me quedé quieto.

Labio de Conejo tenía un gran esparadrapo en el puente de la nariz y otro en una ceja.

No había escarmentado y fue el primero en atacar. Lo hizo como en el bar, con el brazo hacia delante. Esta vez le atrapé por la muñeca, y aferrándola enérgicamente, me lancé contra Cabeza de Huevo.

Labio de Conejo lanzó un grito y tuvo que dar una voltereta en el aire para evitar que le rompiera el brazo. Mi hombro chocó contra el pecho del otro gorila, que se desplomó soltando un quejido.

Yo caí sentado y en esa posición le pegué un patadón en el bajo vientre a Cabeza de Huevo. Seguí aferrando la muñeca del otro y con la mano libre le asesté un mandoble en la clavícula. Oí claramente cómo crujía. Tendrían que escayolársela. Luego me levanté y vi a los dos mastodontes gimiendo como dos niños llorones.

Charles Krume y estaba asombrado y dio media vuelta para ganar la puerta, pero yo corrí mucho más y le alcancé antes de que llegase a tocar el pomo. Le solté un trallazo en el hígado y su cara adquirió de repente un color cárdeno y sus ojos se agrandaron enormemente. Le pegué en la boca y sentí cómo los dientes cedían. Entonces se desplomó hacia delante.

Cabeza de Huevo ya se había puesto en pie y vino hacia mi tambaleante, porque sus pies apenas le podían sostener. Me aparté a un lado y le disparé la zurda, alcanzándole en la sien. Soltó un ronquido, se encorvó y desplomóse clavando la cabeza en la

alfombra.

Respiré profundamente y contemplé mi obra.

Krume y Cabeza de Huevo permanecieron inmóviles. Labio de Conejo se retorció en el suelo soltando una retahíla de maldiciones.

Abrí la puerta y salí fuera. Por fortuna el despacho estaba construido a prueba de ruidos y nadie se había percatado en la sala de la lucha entablada dentro. Había demasiado jaleo en las mesas de bacará dados y ruleta.

Salí estirado, sin mucha prisa.

Había quedado en paz con los tipos, pero en aquel momento sabía que Krume y yo nos enfrentaríamos de nuevo, y, cuando eso ocurriese, él tendría todos los naipes del triunfo.

Abandoné el club y a la misma puerta oí una voz que exclamaba:

—¡Por todos los cuernos de Texas! No es posible.

Volví la cabeza. Allí estaba la rubia. Ahora que la veía sereno me pareció mucho más hermosa que la noche anterior. Se cubría con un vestido de *chiffon* verde que se adhería a su cuerpo como una segunda piel.

—Hola —dije, y me acerqué a ella.

Me estaba mirando asombrada.

—¿Sabe que telefoneé a todos los hospitales esta mañana? —dijo—. Me ha tenido preocupada todo el día.

—¿Y qué hace aquí?

—Vine a hablar con el señor Krume para preguntarle acerca de usted. Estaba dispuesta a llamar a la policía.

—¿Sabe a lo que se exponía? Ese Krume no es un tipo recomendable.

Ella sonrió.

—Tomé mis precauciones, Bill. Dejé dicho en el hotel que si no regresaba dentro de dos horas abriesen la carta que dejé en el registro.

—¿Y qué dice la carta?

—Explica todo lo ocurrido anoche y el lugar adonde yo me dirigía para saber de usted.

La miré y estuve seguro de que ahora hablaba serenamente.

—Es una chica muy valiente —dije—. Gracias por las molestias que se tomó.

—Al parecer se las arregló bien con aquellos dos tipos, aunque ellos también lo marcaron —me estaba observando la cara.

—Todo marcha de primera —dije.

Ella sonrió.

—Y apuesto a que ha venido a dar las gracias —hizo una pausa—. Me gustaría saber lo que ha hecho ahí dentro.

—Se lo contaré mientras cenamos. ¿Le parece bien?

Le pareció bien, y media hora más tarde nos encontrábamos en la terraza de un restaurante frente a la playa, en Coconut Grove. Encargué la cena y nos pusimos a bailar entretanto. Cuando la abarqué por la cintura y la atraje contra mí, pensé que la rubia valía por todas las que yo había conocido en mi vida.

Apoyé mi barbilla en su cabello y lo sentí suave. Sin mirarme a la cara preguntó:

—¿Está relacionado con esos tipos?

—Fue algo circunstancial.

—¿Se dedica a buscarse complicaciones?

—Sólo las que me salen al paso.

—¿Detective privado?

—No.

—¿Periodista?

—Tampoco.

Se echó atrás sonriendo.

—No me diga que realmente es marino.

—Ingeniero de minas.

—No lo podía haber imaginado en mi vida. ¿Por quién está contratado?

—Exploto un filón por mi cuenta —pensé en mi negocio con Martha—. Hasta ahora no ha dado resultado, pero quizá en un futuro próximo mis esfuerzos se vean recompensados.

—Se lo deseo —dijo ella.

—Hábleme de usted, lo ignoro todo.

—Usted debe tener una opinión pésima de mí, ¿verdad, Bill? Me conoció anoche..., digamos con una copa de más.

—Encontré mucho más extraño que estuviese sola.

—¿Va a ser tan prosaico como el hombre que me invitó esta mañana a su piscina particular?

—¿Qué le dijo?

—Que yo era una muñeca de un millón de dólares y que él lo tenía. Casi me sonrojé.

—Me hubiera gustado verla entonces.

Ella se humedeció el labio inferior con la punta de la rosada lengua. Enmudeció y pensé que quizá la muñeca tenía ya dueño.

—¿Espera a su marido? —pregunté.

—No; no estoy casada.

Sentí un cosquilleo en la garganta.

—¿Su jefe, quizá?

—Estoy pasando mis vacaciones..., sola.

El mundo era maravilloso.

—¿De dónde es, Dorothy?

—Si dentro de quince días se le ocurre ir por Nueva York, introdúzcase en el edificio Harrison de la Calle Setenta, decimoctava planta, apartamento C. En la puerta hay un letrero que dice: «Antígona. Compañía de publicidad». Conforme se entra, al fondo a la derecha verá a una joven rubia, con gafas, que teclea la máquina Esa seré yo.

—Espere mi visita. Tenga por seguro que iré.

Cenamos, pero yo lo hice con muy poco apetito. Casi todo el tiempo lo dediqué a fumar y a contemplar el rostro de Dorothy mientras ella comía. Luego salimos a la playa y llegamos por un camino a la orilla. La luna estaba en cuarto menguante y había muchas estrellas. Hacía un poco de calor.

—Bill...

—¿Qué, Dorothy?

Estaba haciendo un hoyo en la arena con la punta del tacón y no apartaba la mirada de su obra.

—¿Le besé anoche?

—Fui correspondido cuatro veces.

—Oh —murmuró ella, se quedó inmóvil y me miró—. ¿Qué pensará de mí?

—Nada malo.

—Tiene que perdonarme. Me había prometido a mí misma en Nueva York que cuando llegase aquí me emborracharía la primera noche, pero también me prometí que no lo haría en compañía de un hombre. ¿Cómo logró llevarme a aquel reservado?

—Fue idea suya.

—¡Santo cielo! —rió ella—. Debía estar muy mal.

La tomé por una mano y la apreté suavemente. Sentí deseos de besarla ahora que estaba serena.

Pero de pronto ella se desasíó y dijo mirando al horizonte del mar:

—Quiero explicarle algo.

—¿El qué, Dorothy?

—Anoche me mareé porque no quería pensar en un hombre. Son mis vacaciones extraordinarias. Las pedí para alejarme unos cuantos días de Nueva York. Iba a casarme, pero a última hora él lo ha hecho con otra.

—Ese tipo es un completo estúpido —dije.

Volvió la cara hacia mí.

—¿Se da cuenta, Bill? Me es usted simpático y creo que podremos divertirnos mientras yo esté aquí, pero desearía... —se interrumpió.

—Que me esté quieto —dije.

—Ajá —murmuró ella—. Ya sé que no es un buen programa para usted, pero tiene mi autorización para marcharse. Seguro que encontrará muchas chicas más alegres y divertidas que yo.

Conocía a aquel tipo de mujer. Eran más listas que el hombre. Colocaban una historia y se hacían las interesantes. Miami estaba lleno de ejemplares como ella; chicas con buen palmito que habían fracasado en el cine, en el teatro, en la televisión, y que no se conformaban con ser figuras de conjunto. Iban a Florida en busca de tipos a los que pudiesen sacar un buen pellizco. Naturalmente, lo que yo le había dicho acerca del filón que iba a producir beneficios en plazo breve había despertado su interés.

Le quise probar que yo no era el primo que ella pretendía.

La enlacé por la cintura y la atraje bruscamente contra mí. La besé en la boca con fuerza. Cuando me separé le dije:

—Oye, nena... Tengo un plan para ti mucho mejor.

—¿Cómo dice?

—Escucha y lo verás. Tú dedicas las horas que quieras a tu negocio, pero procura que haya unas cuantas para mí. Supongo que a la madrugada estarás libre. Bastará con que me llames por teléfono para que vaya a verte donde quieras.

Parpadeó confusa.

—Bill, ¿qué está diciendo?

—Oh, déjate de eso.

Retrocedió dos pasos. Me di cuenta de que tragaba saliva.

—Entonces, usted cree... que yo... —Se volvió rápidamente y echó a correr.

—¡Dorothy, espera! —le grité, y fui a ir tras ella, pero una fuerza interior me detuvo.

Desapareció de mi vista hacia la playa de estacionamiento y entonces solté una maldición por lo bajo. Me había prometido una buena velada, pero ahora lo acababa de arruinar todo. Si hubiese encontrado un poste a mano me hubiese estrellado contra él. Tenía la impresión de que había pegado un buen patinazo. Aquella chica había dicho la verdad. Era una entre cinco mil, o entre diez mil, y me había tocado a mí y yo la había tratado como a una cualquiera dándomelas de un hombre experimentado, de alguien a quien una mujer como ella no se la podía pegar.

Me mandé a todos los diablos y decidí regresar a mi apartamento.

Una vez en él empecé a llamar a todos los hoteles preguntando por Dorothy Brand. Se alojaba en el Flamingo. Una voz educada, servicial, me dijo que me ponía en comunicación con la señorita Brand.

—¿Sí? —Oí que preguntaba Dorothy.

—Soy yo, Dorothy; Bill. La llamo para...

No supo para qué la llamaba porque en aquel momento cortó la comunicación.

Invertí un par de minutos en establecer nuevo contacto con el Flamingo. Le repetí nuevamente al de la voz suave que quería hablar con la señorita Brand y entonces me dijo que la señorita Brand había dado orden de no ser molestada bajo ningún pretexto.

Colgué soltando las peores imprecaciones mineras que había escuchado en toda mi vida. Tomé una ducha y me metí en la cama. No tenía sueño; había dormido demasiado desde la noche anterior, aunque fuese un poco artificialmente.

Empecé a fumar cigarrillos. Cuando iba por el tercero sonó el teléfono y me precipité sobre él.

—¡Dorothy! —murmuré—. Te decía antes que...

Oí una risa y me interrumpí.

—¿Dorothy? —dijo una voz—. Tengo la impresión de que eres un muchacho muy activo, Bill...

Era Martha.

—¿Qué hay, Martha? —pregunté de mala gana.

—Acabo de recibir un telegrama. Llegará mañana por la tarde y el domingo hará su viaje nocturno.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Es que todavía no te has dado cuenta? A mí me tiene aquí para justificar sus viajes a Miami. Necesita asegurarse de que me encuentro en la casa y de que no me he escapado con nadie. Si alguna vez se le ocurriese a la policía averiguar sus andanzas por Florida quedaría completamente cubierto.

—Sí. Es ingenioso.

—Cada vez que ha puesto un telegrama ha hecho después su viaje el domingo por la noche.

—Oye, nena, no se me ocurrió hacerte una pregunta muy importante.

—¿Cuál?

—¿Cómo te has podido informar realmente de lo que él se trae entre manos?

—Decker se emborrachó una noche y me quiso demostrar lo listo que era. Todos los hombres sois igual: fanfarrones, jactanciosos...

—Gracias, ricura.

—No te muevas de ahí. A partir de mañana te llamaré. Y, por favor, deja a esa Dorothy en paz.

—¡Vete al infierno!

Ella rió otra vez y colgó.

Me tendí en la cama y seguí fumando.

Me quedé dormido y soñé que colocaba un collar de brillantes en el cuello de una hermosa joven rubia.

CAPÍTULO IV

Al día siguiente me desperté muy tarde, alrededor de las diez, telefoneé a un bar cercano al hotel y pedí que me trajesen el desayuno. Huevos con jamón, jugo de tomate y café en abundancia. Mientras lo traían tomé una ducha. Después del desayuno llamé al hotel Flamingo preguntando nuevamente por la señorita Brand. Me contestaron que la señorita Brand se había ido a la playa muy temprano y que todavía no había regresado. Colgué, y mientras fumaba un cigarrillo, me dediqué a imaginar cómo estaría Dorothy en bañador. ¡Infiernos!, estuve tentado de echar a correr hacia la playa; pero recordé a tiempo que estaba metido en un negocio de un millón de dólares y que si los ganaba tendría tiempo para admirar a la señorita Brand en sus «dos piezas». ¿O sería un bañador de una sola?

Sobre las doce me dije que debía entretenerme en otras cosas y pedí al encargado del hotel que me enviase unos cuantos periódicos. Leí todas las noticias del extranjero, las de política interior, las columnas de sucesos, los chismorreos cinematográficos y teatrales, y estaba a punto de sumergirme en la sección de «anuncios por palabras», cuando el timbre del teléfono se puso a repiquetear.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Sí? —pregunté.

—¡Caramba, esto sí que es una sorpresa! —Oí que decía la diablesa Martha—. Pensé que tu Dorothy te haría faltar al deber.

—Reserva tu ironía para mejor ocasión, nena, o llegaré a la conclusión de que estás celosa.

—¿Yo? —Gorgojeó—. No eres mi tipo, Bill.

—Está bien, dejemos eso. ¿Alguna novedad?

Llegó antes de lo previsto. Hace unas tres horas. Y esta vez hay variación en sus planes.

—¿Por qué?

—¿No lo adivinas? Lo ha hecho por mí. Le convencí de que estaba harta de Miami. Me fue fácil. Le dije que había oído hablar muy bien de Key West y que me gustaría ir allí con él a pasar el fin de semana. También le hablé de que siempre había deseado pescar desde una embarcación bien metidita en el mar. Lo aderecé todo con unos cuantos besos y se mostró muy entusiasmado con mi idea. Saldremos dentro de un rato, el tiempo que invierta en adquirir un equipo de pesca para él y otro para mí.

—Enhorabuena —dije.

—Será mejor que te prepares tú también. Has de ponerte en camino. En Key West nos alojaremos en el hotel Internacional. A estas horas habrá telefoneado para que nos reserven habitaciones. Puedes hospedarte tú también allí. El no te conoce y será bueno para nosotros, porque podremos estar en contacto casi permanente.

—Muy bien, nena, pero olvidas algo importante.

—¿El qué?

—Tendré que alquilar un coche, y con el dinero que me diste no me llega.

—Esa Dorothy te resultó despilfarradora, ¿eh?

—¡Vete al cuerno! La chica no es de la clase que tú crees.

—¡Oh, qué romántico!

—¿Qué es lo que te pasa, cariño? Cuando estuve en tu casa te mostraste fría como el hielo.

—¿Y ahora?

—Ahora da la impresión de que si yo estuviese ahí y se hallase ausente Decker, no me dejarías marchar tan fácilmente.

—Es posible.

Sentí un escalofrío por la espalda al recordarla con su vestido blanco de noche, sus redondos hombros desnudos, y todo lo demás.

—Está bien, Bill —dijo—. Te enviaré a Molly con un sobre conteniendo quinientos dólares, pero por favor no se te ocurra comprarle un recuerdo a Dorothy.

—No, nena. Voy a hacer algo mejor. El regalo te lo haré a ti.

—¿Sí? ¿Y qué me vas a comprar?

—Una estufa, querida. Dicen que es lo mejor para el frío.

—¡Maldito seas!

Solté una carcajada y colgué. Al fin había conseguido herirla. No le gustaba que la trataran como una mujer poco «climática».

Una hora más tarde llegó Molly. Era una negra regordeta, de voz servicial y mirada inocente. Dijo alegrarse mucho de que me encontrase mejor que cuando me vio por primera vez. Me entregó el sobre cerrado en nombre de su señora y yo le di tres dólares para que se comprase algo.

Cuando se marchó abrí el sobre y comprobé que allí estaban los quinientos dólares.

Hice un cálculo mental de lo que Martha llevaba invertido en mí. Exactamente cinco mil trescientos dólares. La morena tenía depositada en mí toda su confianza. Pero inmediatamente la rubia la desplazó de mi pensamiento. Quería llamarla para decirle que no se comprometiera con nadie, que tenía que realizar un rápido viaje porque me acababan de anunciar que un tipo estaba dispuesto a comprar mi filón. Ésa era una buena idea. Si todo marchaba bien, el lunes estaría de vuelta en Miami y el mundo sería una delicia junto a ella.

Pero la señorita Brand continuaba sin regresar de la playa.

Pensé instantáneamente que ella pudiera haber encontrado a otro tipo, y lo maldije ferozmente para mis adentros.

En eso se abrió la puerta.

Me volví rápidamente y enarqué las cejas al ver que se introducía en mi habitación un individuo vestido de blanco, la cabeza cubierta con un sombrero panamá. Estaba por los cuarenta y cinco años y tenía la cara llena de grasa. Defendía los ojos con gruesos lentes de aumento. Miró de un lado a otro como si tratase de identificar la estancia.

Sonreí mientras dejaba el teléfono en la horquilla.

—Se equivocó de habitación —dije.

Me buscó con la mirada mientras fruncía el ceño.

—Demonios —repuso—, no es la primera vez que me ocurre.

Me pareció un viajante. El nudo de su corbata estaba muy bajo. Sudaba copiosamente y ahora sacó un pañuelo y se lo pasó por la frente y por el cuello.

—Hace un calor horrible —dijo.

—Lo hace —asentí.

—Tengo mala suerte con Miami, ¿sabe? —murmuró—. Siempre he de parar aquí en los meses más calurosos.

Parecía un hombre amable, correcto, educado.

—Tampoco he tenido yo suerte —dije—. Según dicen, esto es muy bueno en invierno.

—Claro que sí —asintió—. Lo debe ser. Cobran lo suyo. Uno necesita ganar mucho dinero para poderse pagar este lujo.

Decidí terminar con el diálogo. Aún tenía que alquilar el coche, telegrafiar a Key West para que me reservasen habitación y luego, antes de emprender el viaje, dejarme caer por el hotel Flamingo para hablar con Dorothy. No podía marcharme sin verla a ella. Se había convertido en una necesidad ineludible.

—Lo siento, pero tengo que salir —dije.

—¿Se va ya de Miami? —preguntó.

—Sólo por unos días.

—¡Qué lástima! —dijo.

Le miré con el ceño fruncido y observé que sus ojos, aumentados enormemente por los cristales, me miraban fijamente. Entonces me di cuenta de que la mano libre estaba escondida en el bolsillo de su ancha chaqueta.

Una voz interior me dijo que allí algo marchaba mal para mí.

Yo había guardado mi pistola en el bolsillo trasero del pantalón y empecé a llevar la diestra atrás.

—No haga eso, señor Forrester.

Interrumpí el movimiento.

—¿Así que usted me conoce? —dije.

—Nunca lo vi, pero sé cuál es su nombre.

—Y no se equivocó de apartamento.

—No; vine aquí porque era mi obligación.

—¿Qué es lo que quiere?

Se humedeció los labios con la lengua.

—Es horrible el calor... No lo puedo soportar... Un día de éstos me tendré que marchar al Norte.

—Le pregunté cuál es el motivo de su visita.

—Oh, sí —sonrió suavemente—. Casi se me había olvidado, y es por culpa de este calor... He venido a matarle.

Lo dijo como si yo fuese simplemente una mosca a la que tuviera que eliminar de un manotazo para que él pudiera echar su siesta.

—¿Quién le envía? —inquirí tratando de mostrarme sereno.

—¿Para qué lo quiere saber?

—Simple curiosidad.

—Tendrá que perdonarme. Se trata de un secreto profesional.

Era un honrado asesino, un tipo que tenía sus principios y que los respetaba celosamente.

—Debe separar las manos del cuerpo, Forrester.

Lo dijo casi con voz de súplica, y yo las separé.

Entonces sacó la pistola. Era de tamaño mediano y muy negra, brillante. Seguramente la habría engrasado bien aquella mañana. Era su instrumento de trabajo y se preocuparía por él para asegurar su eficiencia. Dejó el pañuelo en el bolsillo y con esa mano, desocupada ahora, sacó un silenciador y lo colocó en la pistola. Hizo toda la operación sin dejar de apuntarme, para quitarme todas las ganas de intentar una sorpresa.

Dio un suspiro y de pronto descubrió los periódicos que había sobre la cama.

—¿Traen las carreras de ayer? —preguntó.

—Sí.

—¿La de Santa Anita?

—Desde luego.

—¿Quiere hacerme un favor? Mi vista no es muy buena y esos condenados periodistas hacen la letra cada vez más pequeña, y no me diga de los números... Son ellos los que están dejando ciegos a los ciudadanos.

—Opino igual que usted. No sé adonde vamos a ir a parar.

—¿Quiere leerme los resultados de la tercera y séptima carrera de Santa Anita?

—Con mucho gusto.

—No sabe cuánto se lo agradezco.

Me acerqué a la cama y cogí uno de los periódicos. Lo abrí por la página en que daban los resultados de las carreras. Leí y luego dije:

—El orden de la primera es el siguiente: «Lucky Star», «Oklahoma II» y «Round Lake».

—¿Es posible?

—Aquí dice esto. Si quiere podemos comprobarlo llamando por teléfono.

—No hace falta —hizo una mueca—. Esos periodistas rara vez se equivocan.

—¿Qué es lo que le extraña del resultado?

—Ese «Oklahoma II» va a ser mi perdición. Era un caballo bueno, y le aseguro que yo entiendo de eso... Me ha hecho perder más de cinco mil dólares en los dos últimos años. Y ahora se coloca en la primera de ayer... Tuve la corazonada de que «Oklahoma II» haría algo grande, pero no la escuché. Mala suerte, sí, señor.

—Le leeré el resultado de la séptima. Quizá con ella haya tenido más suerte.

—Adelante, hijo.

Mientras hablábamos me entretuve en doblar el periódico por la parte que nos interesaba, pero lo que estaba haciendo era prepararlo como proyectil. Me había aprendido casi de memoria el lugar exacto donde tenía la cabeza. No podía fallar. Un descuido de una décima de segundo y no lo contaría. Después de su afectuosa dedicatoria, bajé la mirada, y entonces le arrojé el diario. Y yo fui detrás pegando un gran salto, ladeándome ligeramente en el aire para evitar la colisión con la bala que posiblemente saldría de la pistola.

CAPÍTULO V

Le acerté con el periódico, el cual le golpeó en pleno rostro. Como suponía, era un tipo de cuidado. Aún no le había tocado con los dedos, y a pesar de mi ataque súbito, apretó el gatillo. Sonó un pequeño estampido y la bala silbó por encima de mi hombro y fue a incrustarse en la pared del fondo. Luego le aferré por la muñeca, y yo empecé a caer y le arrastré detrás de mí.

Lanzó un grito ahogado e intentó volver la pistola para agujerearme el pecho. Mi cabeza golpeó contra la pared y tuve la impresión de que iba a perder el conocimiento. Me dije que eso no podría ocurrir porque sería mi final. Auné todas mis energías y me eché sobre él, doblándole la mano. Sonó otro disparo y la pólvora me chamuscó las cejas produciéndome una momentánea ceguera. El olor acre de la pólvora me produjo náuseas. Y de pronto me di cuenta de que el hombre que estaba debajo de mí no trataba de desasirse de mi garra.

Le vi con los ojos abiertos clavados en el techo. Ya no iba a sentir más calor, ni tampoco tendría oportunidad de irse al Canadá. Y en cuanto a las carreras de Santa Ana, jamás «Oklahoma II» le volvería a ocasionar pérdidas. La bala le había entrado por una de las papadas, bajo el mentón, y probablemente quedó alojada en el cerebro. Había muerto instantáneamente.

Respiré profundamente y encendí un cigarrillo por que lo necesitaba mucho. Le registré la cartera y sólo encontré ciento cincuenta dólares y una tarjeta de identidad a nombre de John McCabe, expedida por un sindicato de Nueva York. No había más. Ni una carta, ni una fotografía, ni tan siquiera un mensaje...

Me levanté y retiré al fulano de la puerta. Aquello era una complicación. Le había matado en legítima defensa, pero quizá la policía me retuviese en Miami por unos días al objeto de completar su investigación. Y eso era algo que yo no podía consentir. Había el

juego un millón.

El dinero me hizo pensar en la persona que hubiera podido pagar al honrado McCabe para enviarme al otro mundo. ¿Quién? Recordé que minutos antes había estado allí Molly, la criada de Martha, para traermé los quinientos dólares.

Las cosas tenían que haber ocurrido de esta forma. McCabe debía haber seguido a Molly desde que salió de la casa de Tahiti Beach, y la negra, sin saberlo lo condujo a dónde yo estaba. Por lo tanto, alguien sabía que Martha y yo estábamos relacionados, que esa relación se basaba en un negocio en común y que ese negocio giraba alrededor de una partida de brillantes. Todo muy sencillo. Como sumar dos y dos.

Fumé un par de cigarrillos y llegué a una conclusión. Tenía que sacar de allí a McCabe como fuese. Estaba seguro de que el tipo debía tener un prontuario bueno en los archivos de la policía. Por su serenidad, por su sangre fría, cabía deducir que se había colocado fuera de la ley desde que tuvo uso de razón y que habría pasado la mayor parte de su vida en correccionales y presidios. Podría dejarlo en cualquier sitio en la seguridad de que la policía de Miami no llevaría las cosas muy lejos y que recibiría muchas felicitaciones de sus colegas de otros estados. Limpié la poca sangre que la herida había derramado, me guardé la pistola con silenciador en la chaqueta y saqué la bala de la pared.

Salí del apartamento y cerré la puerta con llave.

Invertí treinta minutos en alquilar un coche y en regresar al hotel, donde lo aparqué en la parte trasera, un callejón intransitable. Entré por la puerta de servicio y me encontré ante un largo corredor. A la derecha estaba el ascensor y al otro lado había cuatro puertas. Tres de ellas estaban cerradas, pero la última permanecía abierta y de su interior salían voces. Permanecí un rato quieto y nadie salió. Lo consideré realizable, aunque me debía acompañar un poco la suerte.

Subí en el ascensor y entré otra vez en mi apartamento.

Levanté el cadáver con bastante trabajo porque McCabe pesaba los ochenta kilos. El sombrero panamá había quedado en el suelo y tuve que contorsionarme hábilmente para recogerlo. Le cubrí la cabeza y me quedé inmóvil un rato para recuperar el resuello.

Iba a abrir la puerta y en eso oí ruido de pasos y voces. Un

hombre y una mujer discutían acaloradamente. Hube de permanecer cinco minutos a la espera. Por fin se cerró una puerta y todo quedó en silencio.

Salí con McCabe y cerré otra vez la puerta con llave. Si ahora alguien me descubría, el plan quedaría arruinado. Nos acercamos al ascensor de servicio. Ya lo habían bajado y solté una maldición. Apreté el botón y esperé. Nuevamente oí a los dos que discutían y la puerta de su apartamento se abrió unas pulgadas. Sentí que mi cuerpo transpiraba sudor.

—Vete si quieres y no vuelvas más —dijo la mujer.

—¿Por qué no me escuchas, Mary? —repuso el hombre con voz plañidera.

—¡Ya estoy harta de tus celos!

—Pero debes ser comprensiva. Aquel tipo te estaba mirando.

El ascensor llegó a la planta y abrí la puerta rápidamente. Me metí dentro con McCabe y apreté el botón. Cuando la jaula se quedó inmóvil asomé la cabeza por el corredor. La puerta del final seguía estando abierta y los mismos tipos de antes conversaban en el interior.

Pensé que debía hacer las cosas aprisa, sin temor. Era de la mejor forma.

Salí fuera con mi carga y enfilé el pasillo. Creí que no llegábamos nunca. Finalmente cogí el pomo, lo hice girar y tiré con fuerza. Al ver el coche cerca sentí crecer mis energías. Un minuto más y dejé a McCabe en el asiento trasero, sentado, apoyado en un rincón. Subí a mi apartamento y bajé con la valija. Empecé a correr por las calles a una velocidad moderada y respeté todas las luces de tránsito que encontré en mi camino.

Al pasar por Coconut Grove recordé a Dorothy y poco después, al avanzar por la Avenida Poinciana, Martha la sustituyó en mi pensamiento.

Alcancé la carretera del Sur a la altura del bulevar Ponce de León y continué hacia South Miami. En aquel trozo, hasta el aeropuerto de Kendall, había visto muchos solares. Era un lugar bueno para dejar a McCabe. Me salí de la carretera principal unas tres millas antes de llegar a Kendall y aparqué junto a un muro de ladrillo. Fumé un cigarrillo cerciorándome de que no había nadie en los alrededores y al cabo de diez minutos de espera saqué a McCabe

y lo dejé en una hondonada. Le había restituido la cartera con su tarjeta de identidad y el dinero. Probablemente la policía deduciría que se trataba de un ajuste de cuentas. Luego fui a otro lugar y enterré la pistola de McCabe y la bala que se había incrustado en la pared de mi apartamento.

Podía haber seguido hacia Key West, pero ahora sentí más deseos que nunca de ver a Dorothy.

Regresé a toda velocidad a Miami y cuando aparqué en la playa de estacionamiento del hotel Flamingo, me dirigí rápidamente al edificio. Pregunté al encargado por la señorita Brand. Me dijo que hacía cosa de una hora que había salido. No había dejado dicho el lugar a donde se dirigía.

Abandoné el hotel echando chispas y de pronto la vi salir de un taxi. No iba acompañada por ningún hombre y me sentí aliviado. Se cubría con un vestido estampado de vivos colores, y su escote en uve era una delicia. Sus brazos desnudos parecían de caramelo. Bajé rápidamente por la escalera. Ella abonó la carrera y se volvió para subir. Entonces me descubrió.

—Bill —exclamó.

La cogí rápidamente del brazo.

—Tengo que hablar contigo —dije autoritario, tuteándola.

Con gran sorpresa para mí se dejó conducir dócilmente. La llevé cerca de mi coche de alquiler y la volví hacia mí.

—No vas a hacer más la chiquilla —dije—. Te he llamado varias veces para pedirte disculpas.

Fue a hablar, pero la interrumpí.

—Está bien —dije—. Me comporté como un estúpido, pero si te sirve de algo te diré que me arrepentí al momento. No creo que sea ningún crimen.

Me sonrió y se miró la punta de los zapatos.

—Fui a tu hotel a buscarte.

Yo fui ahora el sorprendido. Ella prosiguió:

—Me costó bastante trabajo encontrarte. Empecé por los de primera categoría.

—Ya te advertí que el filón todavía no producía.

—No me importa —dijo, y sonrió otra vez.

¡Y yo que había pensado que ella venía por mi dinero!

—Pero las cosas van a cambiar —comenté—. Mejor dicho. Ya

están mejorando.

—Me alegre mucho, Bill.

—Creo que hay alguien que se interesa por mi mina. He de ir a Key West para hablar sobre el asunto.

Rehuyó mi mirada y dijo:

—Temí que te hubieses marchado. La puerta de tu apartamento estaba cerrada con llave y en el registro no me dieron noticias de tu paradero.

Sentí un estremecimiento. Quizá ella había estado a punto de sorprenderme en el corredor con el cadáver de McCabe a mi lado.

—Oye, nena —le dije tomándola de una mano—; creo que podré estar de regreso el lunes.

—¿El lunes? —repitió con un encantador fruncimiento—. ¡Oh, Bill!

—Son sólo tres días y apuesto a que cuando nos volvamos a ver lo pasaremos en grande.

Hubo un silencio y entonces ella dijo:

—Tengo una idea mejor.

—¿Cuál?

—Iré contigo a Key West.

—Eso no puede ser, Dorothy.

—¿Por qué no? No te molestaré.

—Las negociaciones pueden ocuparme la mayor parte de mi tiempo. No se trata de algo que se puede resolver en media hora.

—No seré exigente, Bill.

—Preferiría que me esperases aquí.

—Por favor, Bill. Si me quedo sola no podré resistirlo.

Un tipo pasó cerca de nosotros y se quedó mirando a Dorothy descaradamente. Fue lo que me decidió.

—Está bien, aunque es posible que te conviertas en una molestia.

Sonrió como una chiquilla a la que le hubieran regalado sus primeros patines.

—Oh, Bill, no te arrepentirás —echó a correr hacia el hotel y se detuvo—. No me demoro ni cinco minutos.

Esperé fumando un cigarrillo, y al quedar solo me dediqué los peores insultos de mi repertorio. ¿Por qué había consentido que ella me acompañase? El asunto todavía no había empezado y ya había

un hombre muerto. Estuve tentado de meterme en el coche y salir disparado de allí, pero me detuvo el recordar la alegría que la había invadido al decirle que estaba dispuesto a que viniese conmigo. Bien; viajaríamos juntos a Key West, pero no consentiría que ella fuese atrapada en las redes de aquella aventura.

No invirtió cinco minutos en regresar, pero también fue un plazo corto. Dejé su valija en el portaequipajes y poco después iniciamos el viaje. Si yo hubiera sabido lo que nos deparaba el destino en Key West, jamás Dorothy habría venido conmigo.

CAPÍTULO VI

Sólo había encargado que me reservasen una habitación para mí en el hotel Internacional de Key West, pero con una sustanciosa propina lo pude arreglar todo y nos dieron dos habitaciones contiguas en la tercera planta. No tuve oportunidad de preguntar si había llegado Martha, porque lo habría tenido que hacer reservadamente a un botones y Dorothy y yo nos separamos en el corredor. Le dije a ella que no sabía si tendría que entrevistarme inmediatamente con mi hombre de negocios y ella contestó que me esperaría en su departamento, y que mientras tanto tomaría un baño.

Apenas me encontré a solas en mi habitación, el teléfono se puso a zumbar.

—¿Diga? —pregunté a través del micro.

—¿Por qué la has traído?

La voz de Martha sonó como un latigazo.

—Es cuestión mía, nena.

—Te creí con un poco más de sentido común.

Ella tenía toda la razón, pero no estaba dispuesto a dársela. Le dije:

—Aunque no estoy obligado a darte explicaciones, para tu tranquilidad, ella lo ignora todo.

—¿Sí? ¿Y qué es lo vuestro? ¿Un viaje de boda?

—Deja de hacer daño con tu lengua. Ocupamos habitaciones diferentes.

—Me decepcionas, Bill. Resultará que eres un buen chico.

—Punto final —dije con voz seca—. ¿Qué hay de lo nuestro?

—El se ha ido a contratar una barca para irnos a pescar esta noche.

—Fíjate bien en el nombre de esa barca. Puede ser la de Jim.

—No soy tonta.

—He de hablar contigo ahora mismo.

—Ya lo estás haciendo.

—Se trata de algo que no puedo decirte por teléfono.

—Lo único que te sucede es que has pasado demasiadas horas sin verme.

—Es en serio, Martha.

—Está bien. Yo también quiero echarte una ojeada. Quizá ahora descubra lo que esa Dorothy ha visto en ti. Presencié vuestra llegada. Yo me cubría con un periódico en el vestíbulo. Y sinceramente, la chica no me pareció del todo mal.

—¿Dónde quieres que nos veamos?

—Si te das prisa, Decker tardará un rato en regresar. Mi habitación es la ciento veinticuatro, en la planta encima de la tuya.

—¿Y Petterson?

—Se fue con él.

—Está bien. Ahora voy.

Subí por la escalera. Martha me estaba esperando con la puerta abierta. Pasé al interior y cerré a mis espaldas.

Admiré su figura. Sólo tenía puestos unos *shorts* y una blusa. Sus esbeltas piernas estaban bronceadas y eran realmente preciosas.

—¿Asombrado? —dijo sonriente.

—Un poco —dije.

Me miró escrutadoramente y murmuró:

—Sí, creo que ella tiene razón. Resultas casi atractivo.

Saqué un cigarrillo y lo encendí. Después de arrojar un chorro de humo dije:

—¿A quién le contaste, además de a mí, lo de los brillantes?

—¿Cómo dices?

—Mi pregunta ha sido clara. Quiero también una respuesta clara.

—Tú eres mi único confidente.

—Hay alguien más en el secreto. Y al ponernos nosotros en campaña le hemos impulsado para que piense lo mismo que tú y yo: en apoderarse de los brillantes.

—No te comprendo, Bill.

—Lo vas a entender en seguida. Vino un tipo a mi apartamento, un tal John McCabe. ¿Has oído hablar de él?

—Es la primera vez que oigo ese nombre.

—Cuarenta y cinco a cincuenta años de edad, gordo, de gruesa papada, usa gafas de mucha graduación...

—No, no la conozco. Quizá si le viese...

—No puedes verlo, a menos que te des una vuelta por el depósito de cadáveres en Miami.

Vi cómo se estremecía.

—¿Qué ha ocurrido, Bill?

—Ése McCabe me hizo una visita. Sacó una pistola provista de silenciador y se dispuso a liquidarme. Por fortuna para mí, al fulano le gustaba la cháchara y aproveché mi oportunidad. Luchamos y la pistola se disparó. Quedó allí frito.

El bello rostro de Martha palideció.

—¿Avisaste a la policía?

—¿Crees que podía haberlo hecho? No, nena. Me las arreglé para deshacerme del cadáver.

Observé que relajaba sus músculos.

—Hiciste lo mejor, Bill.

—Me gustaría convencerme, porque yo no estoy tan seguro. No sé siquiera si estás jugando con dos barajas.

—Eso es absurdo. He gastado unos cuantos miles de dólares contigo.

Eso era verdad y el recordármelo sirvió para tranquilizarme.

—Hay algo más respecto a McCabe, nena —dije—. Estoy seguro de que siguió a Molly desde tu casa a mi hotel. Lo cual quiere decir que en principio te vigilaba a ti.

Esta vez encajó peor el golpe. Abrió la boca, pero no dijo nada.

—¿Qué tienes que explicarme? —pregunté.

—No hay nada que explicar. Te aseguro que mi sorpresa es real. No he conocido nunca a ningún McCabe, ni a nadie que responda a la descripción que has hecho de él.

Sacudí la cabeza y di unos pasos por la estancia. Finalmente me detuve y me volví hacia Martha.

—¿Qué opinión te merece ese Petterson?

—Me parece un individuo intrascendente. Tuve oportunidad de intimar un poco más con él en el coche, mientras veníamos hacia acá. Es propietario de una fábrica de conservas en Tampa.

—¿No te parece una amistad extraña para Decker?

—Se llevan bastante bien. Sus caracteres son parecidos.

—¿Y dónde tiene Petterson la chica? Tú eres la afición de Decker, o al menos una de ellas.

—De eso no sé nada.

—¿Va Petterson a pescar con vosotros?

—Sí.

—Pues dedícate un poco a él. Y ya sabes a lo que me refiero. No podemos arriesgarnos a dar un paso en falso. Sea quien fuere el que mandó a McCabe contra mí, volverá a repetir el golpe.

—¿Tú crees, Bill? —murmuró con voz temblorosa.

—No tengo duda.

—Está bien. Hablaré con Petterson.

—Ten me al corriente, nena. Y será mejor también que hagas un esfuerzo de memoria. Quizá alguna vez bebiste demasiado en estos últimos meses y se te ocurrió hablar de los brillantes a alguien.

—Nunca bebo demasiado.

Nos miramos a los ojos y finalmente di media vuelta y me dispuse a salir.

—Bill —me llamó.

Giré sobre mis talones hacia ella. Se me acercó andando muy lentamente.

—¿Por qué no plantas a esa chica?

—Me gusta su compañía y ya te he dicho que no tiene nada que ver con el asunto.

—Es lo que decís siempre los hombres.

—En esta ocasión no hay engaño. Ella me cree un tipo honrado a carta cabal.

—¿Y no lo eres, Bill?

—Ni yo mismo lo sé.

Sonrió y de pronto me echó los brazos al cuello, se puso de puntillas y me besó en la comisura de la boca. Fue un beso suave, cosquilleante.

Y luego se apartó de mí y dijo:

—Quizá no haga falta la estufa.

Le sonreí a medias.

—Será mejor que me marche. Decker puede llegar de un momento a otro y no debemos complicar las cosas más de lo que están.

—Sí, Bill —respondió, y ladeó la cabeza haciendo un mohín de

coquetería—. ¿Será pedirte demasiado que pienses un poco en mí?

¿Quién entiende a las mujeres? Martha se me había mostrado hostil en su casa de Miami, antes y después de sellar nuestro pacto, y ahora se había convertido en una ovejita obediente.

—Quizá haya una oportunidad —murmuré.

Decidí salir rápidamente de allí antes de que fuese tarde, y así lo hice.

Regresé a mi apartamento y tomé un baño, luego cogí el teléfono y pedí que me pusiesen con la habitación número noventa. El timbre sonó tres veces a la otra parte antes de que pudiese oír la voz de Dorothy.

—Bill —dijo—. Me pillaste debajo de la ducha.

—Entonces es el mejor momento.

—No podrás entrar —rió—. Me encerré con llave.

—Crees que soy un tipo peligroso, ¿eh?

—Sí. Pero también eres un encanto.

—¿Estarás dispuesta dentro de quince minutos?

—Es posible.

Le dije que la esperaba en el vestíbulo.

Apareció ante mí con un vestido con tirantes, de escote cuadrado, que era una maravilla, muy apto para tomar baños de sol. La cogí del brazo y nos marchamos alegremente al puerto. Sentí un gran deseo de alejarme con ella de tierra. Quizá porque la quería sólo para mí. Había muchas barcas de alquiler dispuestas a emprender la marcha. Yo señalé una de brillante aspecto porque estaba recién pintada. Pero en eso oí cerca de mí una voz.

—Elige mal, patrón. No es ésa la que le conviene.

Giré la cabeza y vi delante de mí a un muchacho de unos dieciséis años, de rostro muy moreno y ojos negros, boca sonriente, que mostraba una blanquísima dentadura. Me resultó simpático.

—Soy Juan Manuel, señor —se presentó—. Y estoy al servicio de la señorita y de usted.

—¿Por qué no nos conviene? —pregunté moviendo la cabeza hacia la barca de pintura esmaltada.

—Cabecea mucho en mar picada. Y sin ir más lejos, hace unos días naufragó a la salida de la bahía. Es allí donde se tiene que probar lo que vale un chinchorro.

—Y el tuyo es algo estupendo, ¿eh, Juan Manuel?

—Desde luego, señor. Y además tendrán un ahorro de un dólar.

Miré a Dorothy y ella rió haciendo un movimiento afirmativo con la cabeza.

Nos fuimos con Juan Manuel y cuando vi su chinchorro solté una imprecación para mis adentros por haberle hecho caso. Aunque parecía limpio era mucho más pequeño que el que yo había elegido en principio. En cuanto estuvimos a bordo, el muchacho se metió en la cabina e iniciamos el viaje.

Todo fue bien al principio, pero cuando nos acercamos a la bocana, aquel cascarón empezó a pegar botes como un animal enloquecido.

Dorothy lanzó un grito perdiendo el equilibrio y estuvo a punto de caer por babor, pero yo anduve rápido y la agarré por el talle. Caímos en el fondo de la barca, muy cerca uno del otro, y yo rocé su mejilla con mis labios. Ella reía, la cara encendida. Sentí que mis sienes palpitaban y que la sangre corría más aprisa en mis venas.

Juan Manuel chilló desde la cabina:

—¡No se preocupen! ¡Todo marcha bien!

Pero yo no estaba tan seguro de ello.

El chinchorro siguió cabeceando y en eso una ola saltó por encima de nosotros y nos salpicó. Fue Dorothy quien recibió casi todo el baño. Su vestido empapado se plegó a sus formas.

De repente aquel temporal cesó. Habíamos salido de la bahía y ganado el agua tranquila. Juan Manuel trabo el timón y salió de la cabina.

—¿Qué tal, cómo se encuentran?

Dorothy y yo nos levantamos. Le miré con el ceño fruncido aunque no perdí el buen humor.

—Tu barca era mejor que la otra, ¿eh?

Dorothy nos dio las espaldas para contemplar hasta dónde alcanzaba la ruina de su vestido, y entonces Juan Manuel me guiñó un ojo picarescamente y dijo:

—Siempre lo es cuando un míster viene acompañado.

Me eché a reír de buena gana.

Luego Juan Manuel dijo a Dorothy:

—Tengo ropa en la cabina, señorita. Yo siempre pienso en todo. Podrá elegir su modelo.

—¿Sí? Voy a ver si encuentro algo de Dior.

Dorothy se encerró en la cabina.

Miré a Juan Manuel y, después de encender un cigarrillo, le pregunté:

—¿Conoces una barca que se llama *La Platense*?

—Conozco todas las barcas de los Cayos, señor. *La Platense* es un buen chinchorro, pero no lleva turistas por la bahía.

—¿A qué se dedica?

—A la pesca. Siempre hay aficionados que quieren ir mar adentro para poder fotografiarse con un buen pez espada. Jim Logan invirtió mucho en los motores que compró hace un par de años, pero no está arrepentido.

—Hace buen negocio, ¿eh?

—Sí, señor. Hasta se ha comprado una casa y una camioneta. Jim es un tipo listo.

Decidí que desde luego lo era. Quizá demasiado. Naturalmente Jim era un cómplice de Decker en la introducción de brillantes en los Estados Unidos y sus esfuerzos se verían recompensados por el riesgo que corría frente al Servicio de Guardacostas.

—¿Estás en buenas relaciones con Jim?

—Sí, señor. Yo me llevo de primera con todo el mundo.

—Tendrás que presentármelo. También quisiera mi pez espada.

—Esta misma noche le puedo llevar al café de La Tortuga. El no sale nunca antes de medianoche.

—¿Es una buena hora para ti las diez?

—Estupenda, señor. Dígame el hotel en que se hospeda e iré a buscarle.

—Será mejor que nos veamos en cualquier otra parte.

—Muy bien, señor.

—Mi nombre es Bill Forrester y me hospedo en el Internacional.

—¿Le parece un buen sitio para encontrarnos el jardín que hay un poco más abajo del hotel? Verá cinco palmeras formando círculo en el paseo central. Allí estaré esperándole.

—De acuerdo, Juan Manuel.

La puerta de la cabina se abrió dando paso a Dorothy. Nos la quedamos mirando. Se cubría con un jersey blanco a rayas rojas horizontales y con un pantalón azul que le venía muy estrecho, y esto era una fortuna para ella porque le hacía una figura esbelta, de curvas rotundas.

—¿Qué tal estoy? —preguntó, levantando un brazo al aire al tiempo que se ponía de puntillas.

Si ella y yo hubiésemos estado solos, le habría dado la respuesta justa.

Juan Manuel lo hizo, de momento, por mí, porque encanutó los labios y lanzó un silbido.

—¡Por todos los camarones del golfo, señorita! —se interrumpió mordiéndose el labio inferior y me miró como si le hubiese cogido en falta. Carraspeó haciendo una mueca y se dirigió rápidamente hacia la cabina, mientras decía—: Perdone, señor Forrester.

Reí silenciosamente, y entonces Dorothy vino hacia mí.

—Parece que tienes un competidor, Bill —sonrió también.

Me quité el cigarrillo de los labios, aspiré profundamente el humo y lo exhalé.

Vi dos sillas extensibles y las coloqué en cubierta. Nos sentamos con el sol de frente.

—Bill —dijo ella.

—¿Sí?

—Celebro que me hayas traído.

Yo no me alegraba tanto. Era algo muy bueno tenerla tan cerca de mí porque era joven y hermosa, pero aquel lugar se podía convertir en un infierno y yo estaría muy cerca de las llamas. Tendría que componérmelas para que Dorothy se mantuviese lo suficientemente alejada para que no se quemase.

Habló de su niñez y yo hablé de la mía. Y todo fue bello. Y para que no faltase nada, Juan Manuel se puso a soplar una armónica, y como el sol quiso colaborar, hizo lo que pudo y empezó a sumergirse en el mar embadurnando las aguas y el cielo con brochazos de rojo, de verde y azul...

Regresamos a tierra y aunque Juan Manuel me pidió cinco dólares, le di diez. No quería tomarlos, pero a final insistí tanto que se los guardó. Le hice una seña para indicarle que recordara nuestra cita de la noche.

Dorothy se había cambiado nuevamente en el chinchorro de Juan Manuel. Fuimos al hotel y nos separamos lo indispensable para ponernos decentes. Luego cenamos al son de una orquesta. Dorothy estaba encantadora con su vestido de noche. Éste no era negro, sino rojo, y hacía resaltar su cabellera rubia, y todo lo

demás, que no era poco.

Cuando dábamos fin a los postres, descubrí a Martha. Ella también me vio, pero ninguno de los dos hicimos nada que nos traicionase. Dediqué un poco de atención a los hombres que la acompañaban. Uno hablaba mucho con ella, sonriente, y era Decker. Me lo había descrito bastante bien. Me fijé especialmente en su cara y no me agradó mucho.

El otro, que supuse sería Petterson, frisaba en los treinta y cinco años de edad y era de mediana estatura, muy ancho de hombros. Su nariz estaba un poco torcida y movía los ojos muy rápidamente. Sólo los detenía cuando Martha era su punto de mira.

Al cabo de un rato vi que Martha se levantaba de la silla y se alejaba hacia el tocador. Sabía lo que iba a ocurrir ahora. Y efectivamente, no tardó mucho en llegar un buen mozo para anunciarme que me llamaban por teléfono. Seguí al empleado y cuando estuvimos fuera de la sala, cerca de las cabinas, me miró sonriente y dijo que una dama me esperaba en el jardín.

CAPÍTULO VII

Martha fumaba un cigarrillo junto a una palmera sumida en la penumbra.

—Eres un poco atrevida —comenté al llegar a su lado.

—Ha sido necesario. Decker irá mañana noche por los brillantes. Sentí un estremecimiento.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te lo dijo él?

—Sí.

—¿No le preguntaste a qué se debía el cambio de fecha?

—Se lo pregunté, pero me contestó desabridamente que me metiese en mis asuntos.

Encendí un cigarrillo. Luego ella preguntó:

—¿Has ideado alguna cosa para desembarazarte de Decker?

—Todavía no.

—Buen socio me he buscado —rezongó.

—Quéjate cuando tengas motivo —hice una pausa—. Quizá resultase.

—¿El qué?

—Has de llevarlo a alguna parte mañana por la tarde. Ya sabes, tierra adentro. Entonces sería fácil para mí el hacerme con él. Bastará que lo ate para asegurarme que no obstaculizará mi camino.

—¿Y después?

—Convenceré a Jim Logan con una pistola para que me lleve al lugar donde Decker debe retirar las piedras.

—No está mal —dijo.

—Es una fórmula sencilla, y tiene la ventaja de que el riesgo disminuirá notablemente.

—Está bien, Bill.

—Ya sabes que depende de ti, nena.

—Descuida. Me las arreglaré para sacarlo del hotel. Precisamente cuando pasamos por Homestead, se refirió a un lugar

cercano llamado Jungla de las Orquídeas. Al parecer es un verdadero paraíso. Le diré que me lleve allí mañana por la tarde. Tendrás que estar atento por si acaso no puedo avisarte.

—Descuida. Lo estaré.

Hubo un silencio entre los dos.

—Observé antes cómo la mirabas, Bill. Estás enamorado de ella, ¿verdad?

—No lo sé.

—Yo no tengo ninguna duda.

—Tú eres muy lista.

—¡Pobre Bill!

Se alejó de mi riendo y por un instante la ira me brotó en el pecho. Le concedí ventaja y regresé a la sala. Eran las nueve y media y pensé que era una buena ocasión para disculparme ante Dorothy.

—Lo siento, cariño —le dije—, pero ya sabes lo que llevo entre manos. Me acaban de citar para proseguir las conversaciones.

—Oh, Bill, no te preocupes por mí. Soy una muchacha comprensiva.

La acompañé hasta su habitación y cerca de la puerta nos detuvimos. Estuve un rato mirándola sin decir nada.

—¿Te ocurre algo, Bill? —preguntó.

—Nada que no se pueda arreglar.

—A ratos te noto un poco ausente.

Era observadora y sabía sacar las debidas consecuencias.

—Te veré mañana —dije.

Fui a dar media vuelta y ella me cogió del brazo.

Nos miramos a los ojos y de pronto se apretó contra mí. La besé en la boca. Me invadió una extraña sensación que nunca antes había sentido. Se separó de mí, pasó dentro y cerró la puerta.

Me quedé un rato inmóvil contemplando el nueve y el cero que había sobre la madera.

Estuve a punto de llamar y de contárselo todo. También pensé en sacarla de allí y marchamos lejos de Key West. Pero recordé los pagarés. Sabía que Martha utilizaría todos los medios a su alcance para vengarse, y después de todo, ella había gastado unos miles de dólares conmigo. ¿Y qué podía ofrecer yo a Dorothy? Me encontraba sin trabajo y no era previsible que en un futuro próximo

lo pudiera conseguir, al menos dentro de mi profesión.

De otra parte, había mercancía por valor de un millón de dólares y una pandilla de pillastres, de delincuentes internacionales, que ganaban el dinero a manos llenas burlando la vigilancia de las autoridades.

Si yo andaba listo, lograría unos centenares de miles con los que podría convertir a Dorothy en una reina. Tuve la impresión de que una voz interior me indicaba que éste no era el camino, pero la acallé prontamente.

Juan Manuel me estaba esperando en el círculo central de las cinco palmeras.

—Buenas noches, señor Forrester —me saludó.

—He cambiado de opinión respecto a mi idea —dije.

—¿Ya no le interesa el pez espada?

—No.

—¿Entonces no vamos a ver a Jim Logan?

—No necesito hablar con él.

—Muy bien, señor Forrester. Como usted quiera. Si puedo ayudarle en algo...

Eché a andar y él vino conmigo.

—¿Se va a casar con la señorita Dorothy? —me preguntó de pronto.

—Eso es lo que yo quisiera —le sonreí.

—Entonces es cosa segura, ¿sabe? Yo entiendo de eso.

—¿De veras?

—La señorita Dorothy está deseando que usted le diga algo; bueno, quiero decir que lo aceptará como marido en cuanto usted se lo proponga. No quiero que crea que los vigilé mientras estuvieron en mi barca. Lo único que pasa es que de vez en cuando los tenía que mirar.

—Desde luego, Juan Manuel —hice una pausa—. Háblame de ti, muchacho. ¿Como es que tan joven eras ya patrono de una barca?

—Sólo la tengo desde hace un año y aún no he terminado de pagarla. La compré a plazos, ¿sabe? Yo antes sólo era limpiabotas. Los turistas dan buenas propinas y yo iba ahorrando lo que podía. Mi hermano era el que tenía la barca. Le gustaba la bebida y un día se mareó y salió de noche al mar. Jim Logan me lo contó.

—¿Jim Logan? —repetí, y me detuve.

—Sí, él y mi hermano eran muy amigos.

—¿Qué le ocurrió a tu hermano?

Humedecióse el labio inferior con la lengua y miró al suelo.

—La barca naufragó. Al cabo de dos días el mar arrojó su cadáver a la playa.

—Lo siento.

—Quedamos cinco hermanos con mi madre, y yo era el mayor. Mi madre no quería que me comprase una barca. Decía que el mar ya le había robado a su marido y a un hijo. No quería darle más. Tuve que comprar mi *Estrella* sin que ella lo supiese. Para ella continuó limpiando zapatos.

Me conmovió la historia del muchacho y deseé haberme despedido de él en cuanto llegué al paseo, porque mi ánimo no estaba para escuchar aquellas historias.

Le dije que tenía mucha prisa y que debía regresar al hotel. Le quise dar unos dólares por el tiempo que le había hecho perder, pero se separó rápidamente de mí y me saludó desde lejos.

Volví a mi habitación y anduve de una pared a otra fumando cigarrillos. De pronto sonó el teléfono.

—¿Duermes, Bill? —me preguntó Dorothy.

—No.

—Yo tampoco. Estaba pensando.

—¿Qué es lo que piensas?

—En ti, en mí, en la forma tan estupenda que nos conocimos y en todo lo demás —guardó un silencio—. Quería preguntarte también una cosa.

—Bien.

—¿Qué harás cuando nos separemos?

Pensé en esa posibilidad, y me pareció absurda.

—Te contestaré a eso el domingo —dije.

—¿Por qué el domingo? —dijo con cierta ansia—. Hazlo ahora.

—No puedo. Terminaré para entonces mi negocio. Durante casi un minuto no dijimos ninguno de los dos nada. Finalmente interrumpí yo la larga pausa:

—Oye, nena.

—Dime, Bill.

—No podré verte mañana. Tendré que salir de Key West. Pero a partir del domingo todo será distinto.

—Sí, Bill.

—Trata de dormir ahora.

Luego colgué.

Tenía toda la mañana del día siguiente para ver a Dorothy, pero en un momento había decidido mantenerme alejado de ella.

Logré conciliar el sueño cuando faltaba muy poco para apuntar el nuevo día, y desperté cuando eran ya las once de la mañana. Pedí que me subiesen el desayuno. Tomé una ducha y me afeité.

Varias veces estuve tentado de coger el teléfono y ponerme en contacto con Dorothy, pero logré frenar mi impulso. Después de desayunar me vestí e inspeccioné la pistola, dejándola a punto.

Sonó el teléfono.

—Oye, Bill —oí que me decía Martha con la respiración agitada—. Nos vamos ya. Es el sitio de que te hablé. Jungla de las Orquídeas.

—Está bien.

—No te olvides. Homestead. Sé que no te faltará coraje, querido. En seguida corté la comunicación.

Abandoné mi habitación y eché una ojeada a la puerta de Dorothy mientras esperaba el ascensor.

Cinco minutos más tarde corría en mi coche de alquiler por la carretera hacia Miami. Quince millas más allá de Key West descubrí el convertible en que viajaban Decker y Martha. Di un suspiro de alivio al no ver con ellos a Petterson.

Me adelanté rápidamente porque quería llegar antes. Por el espejo retrovisor observé cómo Martha se fijaba en mí.

La Jungla de las Orquídeas, tal como había dicho Decker, era un lugar maravilloso. Se trataba de un trozo de terreno de varias millas de extensión, un jardín verdaderamente salvaje.

Dejé el coche en una playa de estacionamiento y me dirigí a un bar para tomar un *whisky*. Iba por el tercero cuando vi llegar el coche de Decker. Descendieron de él e inmediatamente se internaron en la floresta. Tuve que darme mucha prisa para no perderlos de vista. No había mucha gente, pero de vez en cuando se veía a alguna pareja haciendo fotografías. Observaba desde lejos a Martha, quien, muy en su papel, se mostraba entusiasmada con aquella maravilla natural. Siguieron avanzando y al cabo de un rato, ellos y yo éramos las únicas personas que nos encontrábamos

en aquella parte de la Jungla.

Disminuí la distancia que nos separaba. Estábamos llegando al límite de las Orquídeas, y cada vez se veía más trozo de terreno pantanoso.

No sabía qué le habría dicho Martha a Decker, pero debía ser algo muy convincente para que continuasen avanzando como cosa de media milla más. Vi cabañas abandonadas, con enormes agujeros. Habían transcurrido muchos años desde que sus moradores decidieron marcharse a otro sitio. Quizá algunas tuviesen un siglo de existencia. Entonces lo comprendí. Decker habría hablado a Martha de aquel poblado y ella deseó verlo. Debió ser algo improvisado porque la muchacha no me había hablado de las cabañas. Era realmente un escenario adecuado para llevar a cabo el plan que nos habíamos trazado. Vi cómo se introducían en una de las casas. Me di mucha prisa y me detuve ante el hueco de la puerta que estaba tirada en el suelo, carcomida, llena de polvo. Oí la voz de Martha:

—Oh, Bob, ¿quieres estarte quieto?

—¿Es que no voy a poder besarte siquiera aquí?

—No me gusta que lo hagas cuando has bebido *whisky*.

Decker soltó una carcajada y oí cómo forcejeaban. Ella por desasirse. El por besarla.

Entonces irrumpí en la estancia. Al instante se quedaron inmóviles y Decker me miró con el ceño fruncido.

—Menudo susto nos ha dado, amigo —declaró, y se echó a reír.

Martha se separó de él unos pasos. Decker comenzó a parpadear porque yo seguí quieto, sin decir nada.

Se mojó los labios con la lengua y murmuró todavía sonriendo:

—Asusta pensar que seres humanos hayan podido vivir en estas casuchas miserables.

—Usted lo va a saber bien, porque permanecerá aquí algún tiempo —repuse.

Se quedó con la boca abierta, mirándome.

—¿Qué es lo que ha dicho? —preguntó sin dar crédito a sus oídos.

—Pórtese como un buen chico y todo irá bien, Decker.

Vi cómo tragaba saliva.

—¿Sabe mi nombre?

—Sí, y algo más.

—¿Qué es eso de algo más? —balbució.

—No podrá hacer su viaje nocturno para recoger los brillantes.

Abrió más los ojos y de pronto los desvió hacia Martha. En su mente empezó a abrirse paso la luz.

—¿Tú? —interrogó.

Martha sonrió y ése fue como el chispazo que hizo estallar la ira contenida de Decker.

—¡Perra traidora! ¡Maldita perra traidora...!

CAPÍTULO VIII

Decker dio unos pasos hacia la joven, y estoy seguro de que la hubiese despedazado, porque sus manos eran como dos garras.

Saqué rápidamente la pistola.

—¡Quieto, Decker!

Se detuvo y miró el arma que yo empuñaba. Transcurrieron unos segundos y me di cuenta de que se estaba recuperando de su sorpresa.

—¿Qué es lo que quieren ustedes dos? —inquirió, y se contestó a sí mismo—: Ya comprendo. Ella se puso de acuerdo con usted en mi ausencia. No sé cuál es su nombre ni quiero saberlo. Debí pensar que Martha no es de las que son fieles, que conociendo mi secreto, tarde o temprano me vendería... Está bien; quieren dinero. Dígame cuánto y terminemos de una vez.

—No es eso, Decker —dije yo.

—No puedo perder el tiempo. Le firmaré un cheque, pero no pida demasiado.

—¿Me cree tan ingenuo?

—Dinero en efectivo, ¿eh? De acuerdo; también lo tendrá.

—Le repito que no es eso. Martha y yo queremos los pedruscos.

Entrecerró los ojos hasta convertirlos en rendijas.

—¿Sabe usted lo que dice? —rezongó.

—Voy a ocupar su lugar esta noche en la barca de Jim Logan. Yo recogeré la partida de brillantes y usted y sus amigos lo considerarán como un caso de mala suerte. Sólo tienen que imaginarse que han sido sorprendidos por el Servicio de Guardacostas.

—¡Usted no está bien de la cabeza!

—Quizá se convenza de lo contrario, cuando todo haya terminado.

De pronto intervino Martha.

—¿Por qué tanta historia, Bill? —dijo—. ¡Mátalo de una vez!

Me recorrió un escalofrío por la espalda.

—No le voy a matar —repuse.

Martha echó el torso hacia mí.

—¡Tienes que hacerlo! Si no lo liquidas, las cosas se pondrán feas para nosotros.

—Soy yo el que manda aquí, nena.

Decker soltó una carcajada, pero no sonó con naturalidad.

—Los dos lobos se atacan.

—No abuse de su suerte, Decker —le advertí.

Los hermosos ojos de Martha llameaban furiosos, fijos en mí.

—¿Qué es lo que se te ha ocurrido, gran hombre?

—Le dejaremos aquí, aunque nos aseguraremos de que no podrá escapar. Para tu conocimiento, nunca tuve intención de matarle. Ignoraba la existencia de estas cabañas. Había pensado en principio llevármelo y dejarlo en cualquier parte; pero éste es un buen sitio.

—Escúchame, grandísimo cabezota —miró a Decker—. Le conozco bien y sé que si logramos los brillantes nos perseguirá hasta el fin del mundo. Están bien organizados. Nos liquidarán. ¿Te das cuenta? Si nos desembarazamos de él, aseguraremos nuestro porvenir.

—Y también querrás que mate a Jim Logan, ¿verdad?

—Debiste suponer que tendrías que llegar a esto. Se trata de un millón de dólares, Bill. Recuérдалo. Un millón de dólares.

—No, nena. No voy a matar por un millón ni por dos. Las cosas se van a hacer como yo quiera.

Guardó un silencio y su pecho se agitó al compás de su respiración.

—De acuerdo, gran hombre. Haz lo que quieras. Pero alguna vez te arrepentirás.

—Colabora un poco, nena. Mira por ahí a ver si encuentras una cuerda.

Apretó fuertemente los labios y la vi con ganas de mandarme al diablo, pero finalmente salió de la cabaña y nos dejó a mí y a Decker solos.

Decker se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Basta haberlos oído para comprenderlo. Fue ella quien lo metió en el lío.

—Cállese.

—Es una chica estúpida, lo confieso. Algo único cuando a ella le da la gana, pero todo es puro teatro —siguió sonriendo—. Lo engatusó a usted, pero tenga cuidado con sus uñas.

—Llevo permanentemente una coraza contra ellas. Martha no me interesa. No sé por qué se lo digo. Quizá sea para que se dé cuenta de que esto es algo serio.

—Bien. Un tanto a su favor. Pasemos a los brillantes. ¿Cree que colocar eso es como vender cualquier objeto?

—También pierde el tiempo, Decker. Soy ingeniero de minas y trabajé hasta hace poco en los pozos diamantíferos del Brasil. Conozco a mucha gente en los Estados Unidos que me comprarán la mercancía. Eso es algo que no me preocupa.

—Lo tiene todo preparado, ¿eh?

—Un negocio así debe llevarse bien.

—¿No ha pensado en algún fallo?

—No puede haberlo, y debo darle las gracias por ello. El procedimiento que usted utiliza para recoger la mercancía es muy sencillo. En realidad todo depende de Jim Logan, y yo le ataré corto cuando haya terminado con usted.

Observé sus ojos y vi que mis palabras le habían producido efecto. Ahora él estaba seguro de que mi cerebro razonaba demasiado bien y de que yo sería capaz de limpiarle las piedras y convertirlas en dinero sin mucha dificultad.

—¿No podemos hacer un trato? —sugirió.

—No se canse, Decker.

En aquel instante regresó Martha. Traía en la mano una larga y sucia cuerda.

—Hay otras por ahí —dijo—. Pero la mayoría están podridas.

—He de cerciorarme de que será fuerte. Coge la pistola.

Ella se hizo cargo del arma y me entregó la cuerda.

Fui tirando de ella con las dos manos, de un cabo a otro, y comprobé que Decker no podría romperla.

—Vaya a la parte de atrás —le ordené.

—¿Por qué no me deja aquí? —dijo él—. A nadie se le ocurrirá llegarse a esta cabaña. Si me deja fuera, uno de esos aguaceros tropicales me empapará y puede transcurrir mucho tiempo antes de que me descubran.

—Se quedará fuera, junto a los arbustos. Y no tendrá que esperar a que alguien lo descubra inopinadamente. Se moriría antes de que eso ocurriese. Cuando tenga las piedras y nos encontremos bastante lejos, llamaré a su amigo Petterson para que venga a recogerlo.

—Gracias por tanta molestia.

—No hay de qué, amigo.

De pronto Martha se echó a reír y Decker y yo la miramos con la misma precaución.

—No vas a utilizar esa cuerda, Bill —declaró—. Voy a ser yo quien le mate.

Decker palideció súbitamente.

—¿La ha oído, Bill? —dijo con voz estrangulada.

—¡Dame esa pistola, nena! —exclamé.

—Ahora soy yo quien la tiene y no consentiré que este puerco continúe viviendo. ¿Lo oyes, Decker, maldito cerdo?

Decker dio un paso atrás.

—Defiéndame, Bill —rogó—. Si lo consiente será tan asesino como ella.

Martha soltó otra carcajada.

—¿Qué te pasa, Decker? Has perdido demasiado pronto tu seguridad. Aprecio en tu voz un tono distinto.

—¿Qué está esperando, Bill?

Di un paso hacia Martha, pero ella se alejó de mí.

—¡Déjame, Bill! —rugió—. He de ajustarle las cuentas.

—No tengo nada que ver con tus asuntos particulares, Martha —le grité—. ¡Éste es un negocio de un millón de dólares! ¡Tú lo has repetido muchas veces! Tendremos el dinero sin necesidad de mancharnos las manos de sangre... Si matas a Decker no podrás evitar que tarde o temprano te eche mano la policía. Investigarán y sabrán que tú y él os veáis en Miami en la casa que él tenía alquilada.

—No ocurrirá nada de eso —dijo Martha—. Cuando tenga mi parte, me marcharé a otro país.

Decker respiraba entre jadeos.

—¿Estás sudando, Decker? —prosiguió la joven—. Anda, cuécete en tu propia salsa... ¡Si tú supieras lo que he tenido que soportarte! Cada vez que me acariciabas, tenía la impresión de que me rozaba un sapo.

Sabía que con palabras no podría adelantar nada. Martha odiaba ferozmente a aquel hombre y lo quería ver muerto.

—¡Bill! —gritó Decker—. ¡No lo consienta!

Salté sobre Martha y le pegué con el dorso de la mano en la muñeca. Lanzó un grito y dejó caer el arma al suelo. La joven se desplomó de rodillas y ése fue el momento que aprovechó Decker para arrojarle sobre la pistola, porque ésta había quedado más cerca de él que de mí.

Me abalancé para impedirle y, como yo era más ágil, llegamos al mismo tiempo a la pistola.

Le solté un trallazo en el pómulo y él se sentó sobre los cuartos traseros y levantó el pie, pegándome con la punta en el estómago. Me dejó boqueante. Martha lanzó otro rugido, como una tigresa dispuesta a pegar una dentellada y gateó en busca de la pistola. No sé cuál de los dos estaba más loco. Yo había tratado de evitar que Decker muriese y el muy estúpido lo había estropeado todo. Si ahora Martha lograba recuperar el arma, cabía hasta la posibilidad de que se liase a tiros con los dos.

Decker trató de utilizar la otra pierna, visto el buen resultado del primer golpe, pero yo salté a un lado y le disparé un zurdazo al mentón capaz de desencuadernar a un buey. Rodó como una pelota y me volví hacia Martha cuando ya tenía otra vez la automática en la mano. El mismo impulso me sirvió para soltarle un revés en pleno rostro. Se desplomó golpeando la cabeza contra el suelo y quedó exánime como Decker.

Los observé jadeante.

Martha había tomado demasiado cariño a la pistola y la conservaba en la diestra. Se la quité y la guardé en el bolsillo. Luego cogí la cuerda y me entretuve un rato en atar de piernas y brazos a Decker.

Le saqué el propio pañuelo del bolsillo del pantalón, y le amordacé.

Empezó a abrir los ojos y soltó un sonido gutural. Le toqué el maxilar inferior y me asombró que lo tuviese intacto, pero lo prefería así. Luego le cogí de los tobillos y le arrastré fuera de la cabaña, a la parte de atrás, donde crecían unos arbustos de flor roja muy pequeña. Le dejé en una pequeña hondonada y volví a la casa.

Martha se estaba incorporando tocándose una de sus bonitas

caderas. Fijó sus ojos en mí y exclamó:

—¡Maldito seas, Bill! ¡Has estado a punto de matarme!
Solté una risita.

—Creí por un momento que ibas a liquidar a toda la Humanidad...

—Sólo quería ultimar a esa serpiente venenosa.

—Es mejor que queden las cosas así.

—No te comprendo, Bill. Palabra que no te comprendo. El no hubiese hecho lo mismo contigo.

—Quizá tengas razón. Pero ésa es la diferencia. Yo no soy un asesino... Vámonos. Hemos perdido demasiado tiempo.

De pronto sacó a relucir su femineidad.

—¿Cómo estoy, Bill? Debo tener la cara hinchada. Me duele la mejilla.

Tenía razón. Se le había inflamado, pero la consolé.

—Una mujer bonita lo es siempre, aunque se ensucie la cara de barro.

Le hice una señal con la cabeza para que me precediese en la salida. A plena luz del sol sacudióse el vestido con la mano, luego se colgó de mi brazo y juntos emprendimos el camino de regreso.

Después de cruzar la Jungla, llegamos a la playa de estacionamiento. Ella se metió en el coche de Decker y yo en el mío.

No era fácil que alguien se hubiese fijado en que ella había llegado con otro hombre, puesto que no pasaron por el bar, y yo que estaba allí entonces pude cerciorarme de que nadie los observaba.

Dejé que ella me adelantase y luego fui detrás. Volvimos a Key West.

CAPÍTULO IX

Me encontraba de nuevo en mi habitación. Abrí la botella de *whisky* que había comprado en el camino, y bebí un trago al gollete.

Ya se había puesto el sol y nacía la noche. Tendría que esperar muy poco tiempo.

Sonó el teléfono.

—Hola, cariño —dijo Dorothy.

—¿Cómo va eso, muchacha? —le pregunté.

—Tengo que hacerte una confesión, Bill.

—¿Sí?

—El que haya estado todo el día sin verte ha bastado para convencerme de que te quiero —dejó correr unos segundos y como yo no contestaba preguntó—: ¿Has oído?

—Sí, Dorothy.

—¿Ocurre algo, Bill?

—Todo marcha bien... Y esa noticia tuya es de lo mejor.

—Oh, Bill; ¿por qué no vienes ahora mismo por mí?

—No puedo, nena. Queda un solo detalle por ultimar. Será cuestión de tres o cuatro horas. Luego tendremos todo el tiempo para nosotros.

—¿Eso es cierto, Bill?

—Nunca he hablado más en serio.

—Va a ser maravilloso.

—Sí, Dorothy, creo que lo va a ser. Ten preparado tu equipaje. En cuanto yo regrese nos marcharemos.

—Sí, Bill. Estaré lista.

—Hasta luego, nena.

Esperé que ella colgase para hacerlo yo y en seguida volvió a repiquetear el timbre.

Martha habló con fuerte entonación:

—¿Por qué no le dices a la rubia que no te moleste en una temporada, Bill? Pensé que iba a ocupar la línea toda la noche.

—Olvida eso y dime lo que ocurre.

—Encontré a Petterson en mi apartamento a mi llegada. Naturalmente, me preguntó por Decker.

—¿Y qué le has dicho tú?

—Que Robert tuvo que dirigirse a Miami después de hacer una llamada desde Homestead.

—¿Cómo lo ha encajado?

—Arrugó el ceño y se quedó pensativo unos instantes. Luego se marchó.

—No has debido dejarle ir. Puede aguarnos la fiesta.

—Me dijo que se había comprometido en una partida de póquer.

—Ojalá sea cierto.

Soltó una risita.

—¿Tienes miedo, Bill?

—Es posible que lo tenga.

—Piensa en lo que te espera. Dentro de una hora...

—Cállate —le dije para que no hablase demasiado—. Me marchó ya.

—Te esperaré aquí, Bill.

Colgué definitivamente y bebí otro trago de la botella.

Me dirigí al muelle. Juan Manuel agitó la mano en el aire desde su chinchorro.

—¿Y la señorita Dorothy? —me preguntó.

—Perfectamente. ¿Dónde tiene el barco Jim Logan? —inquirí.

—Le acompañaré, si usted quiere.

—No hace falta, muchacho.

Extendió el brazo hacia la derecha.

—Siga hacia ahí y lo verá en seguida, *La Platense* es la mayor de todas.

—Gracias, Juan Manuel.

—Volvió a cambiar de opinión, ¿eh?

—Me dijeron en el hotel que no podré decir que he estado en Key West sin exhibir una fotografía con el pez espada.

Se echó a reír y yo seguí hacia delante.

Tal como me había dicho, *La Platense* era la embarcación más grande que había en aquella parte del muelle.

Vi a un tipo sentado en la cabina, fumando una pipa.

Pegué un salto y caí en cubierta.

Jim Logan volvió rápidamente la cabeza.

—Eh, usted —dijo—. ¿No sabe que esto es propiedad privada?

—Sólo vengo a hablar... Quiero contratarle para un viaje.

—¿Para cuándo? —preguntó.

Me acerqué. Era de cabello rojizo, rostro muy atezado y ojos verdosos brillantes. Podía estar entre los treinta y treinta y cinco años de edad. Se cubría con un jersey de cuello y mangas muy gruesas, lo cual me hacía suponer que estaba preparado para iniciar el viaje con Decker.

—Esta noche —contesté.

—No puede ser, estoy comprometido.

—Bueno; lo mío es un capricho y estoy dispuesto a pagarlo.

Me miró con curiosidad y sonrió.

—Lo siento, pero esta vez no le sirve el dinero. Jim Logan mantiene siempre su palabra, y un tipo se le adelantó.

—No, Jim —dije—. Su tipo no vendrá.

Empezó a componer una mueca de perplejidad y fue a levantarse, pero entonces yo saqué la pistola y le apunté desde mi estómago para que nadie que estuviese en la orilla cercana pudiese distinguir el arma.

—¿Qué significa esto, míster? —preguntó después de dirigir una mirada a la automática.

—Te hablé de un viaje, ¿no, Jim? —le tuteé.

—Sí —dijo con voz débil.

—Pues lo vas a realizar ahora mismo.

Sonrió, pero sabía que lo hacía ficticiamente.

—Está bien, míster —dijo—. Le llevaré a donde quiera, pero no hace falta que se ponga así.

—Adelante, Jim.

—¿Cuál es su destino? —preguntó.

—El mismo de Decker.

—¿Sabe lo que dice, míster?

—No hay duda, y será mejor que no te busques complicaciones, Jim. Tú no tendrás ninguna responsabilidad, ¿te das cuenta? Dirás que te amenacé con la pistola y eso bastará. No cometas ninguna locura o el primero en caer serás tú.

Me miró respetuosamente y sacudió la cabeza.

—De acuerdo —chasqueó la lengua—. Le llevaré.

Se volvió hacia la popa y quitó las amarras. Vigilé todos sus movimientos con la pistola. Cada vez estaba todo más oscuro. Vino hacia mí y se metió en la cabina. Poco después *La Platense* se ponía en movimiento.

Enfilamos hacia la bocana del puerto. La embarcación era algo estupenda, teniendo en cuenta lo que yo sabía de ellas por mi viaje con Juan Manuel. El motor rugía potentemente.

Jim Logan volvió la cabeza.

—¿Mató al señor Decker? —inquirió.

—Sólo le he retirado de la circulación.

Soltó una risita.

—A usted le falta un tornillo, míster. ¿Ha pensado que esto lo puede hacer solo?

—Sí.

—No podrá.

—Tú me echarás una mano, Jim. No quisiera agujerear la piel a nadie; pero si es necesario, lo haré.

—Matar es una cosa muy fea, míster.

—Conozco la clase de tipos con los que me enfrento.

De pronto la barca pegó un salto y perdí el equilibrio yéndome hacia la popa.

Jim Logan se dejó llevar también por el impulso y lo acompañó con un salto estupendo. Me golpeó el estómago con la cabeza y arrojé todo el aire que tenía en mis pulmones. Su mano me aferró por la muñeca armada. Rodamos por cubierta. *La Platense* siguió moviéndose como si fuese a descoyuntarse.

Me dediqué las peores maldiciones por no haber tenido en cuenta lo que ocurrió a la salida del puerto en el viaje con Dorothy.

El marino era fuerte como un toro y estaba acostumbrado a aquella danza. Me golpeó con el puño derecho en la cara, pero por fortuna me dio en el pómulo y no en las narices. De todas formas casi me dejó inconsciente y yo, por instinto, le pegué un rodillazo en el estómago. Se arqueó sobre mí y vi cómo desorbitaba los ojos.

La barca pegó un salto mucho mayor que los de antes y volvimos a rodar.

Me dobló la muñeca y tuve que soltar la pistola, la cual resbaló

hacia la cabina.

Aunó todas sus energías y proyectó contra mí la zurda, pero yo volví rápidamente la cabeza y lanzó un terrible grito porque su puño golpeó contra la cubierta. Le repliqué con un derechazo marca de la casa y le cacé justo en el mentón. Cayó hacia atrás gimiendo y allí quedó, cogiéndose la mano con que había pegado en la madera.

—¡Tengo los huesos rotos! —exclamó—. ¿Lo oye, míster? Tengo los huesos rotos.

Encogí los hombros y me apoderé de la pistola.

La barca había salido ya de la bocana y discurría por aguas tranquilas.

—Tiene que llevarme a un hospital —dijo Jim Logan—. ¿Lo oye?

—Fue cuenta tuya, muchacho —repuse—. Ahora he de realizar mi trabajo. Escucha bien, Jim; me he propuesto algo y lo voy a realizar. Con huesos rotos o sanos, me vas a llevar al lugar que tú conoces.

Sus ojos estaban llorosos y llegué a la conclusión de que esta vez no mentía. Por si acaso, le miré la mano y vi que se le hinchaba por momentos. Debía tener dos o tres dedos rotos.

—Está bien, míster; le llevaré. Pero antes cúreme un poco. Hay un botiquín en la cabina.

Estaba sentado en la cubierta y le vi demasiado derrotado.

Guardé la pistola y fui a la cabina. Cogí la caja del botiquín y me acerqué a él.

—Mantén la mano sana detrás de la espalda mientras te curo —le advertí—. Si vuelves a intentar algo, te prometo que te va a doler más.

—No se preocupe, míster. Se me acabaron las ganas de pelea. Usted es duro. Palabra que lo es.

No intentó nada mientras le curé, pero eso no quería decir que fuese a conformarse para el resto del viaje.

Se levantó sonriendo. Le había vendado la mano fuertemente y eso era bueno para los dos. No le serviría de mucho si me atacaba otra vez, y de paso le había ayudado.

—Ponte al timón —le dije—. Y no te muevas de allí.

Sacudió la cabeza y se marchó obediente a la cabina.

Inspeccioné la pistola para ver si el agua la había estropeado,

pero por fortuna no le había caído una sola gota.

Jim hizo aumentar la velocidad de la barca y poco a poco nos alejamos de Key West. Pensé que seguíamos la ruta exacta porque la que llevábamos nos conducía a Cuba.

Volví la cabeza y vi las luces de Key West. Pensé en Dorothy que me estaría esperando para iniciar conmigo una nueva vida. Y también recordé a Martha, sedienta de sangre y de dinero. Naturalmente, aunque me apoderase de los brillantes, las cosas no iban a ser fáciles con ella. No podía darle su parte del botín porque tarde o temprano cometería una estupidez. Martha trataría de convertirlos en dinero en seguida y los podía ofrecer a alguien que le jugase una mala pasada. Habíamos marchado juntos en aquello y tendríamos que hacerlo hasta el final. Por otra parte, yo quería apartar a Dorothy de ella. El imaginar que pudiese viajar con las dos me daba náuseas. Tendría que convencer a Martha para que confiase en mí y eso iba a ser algo muy difícil. Mi plan era desembarazarme de los pedruscos en el mismo Miami. Pensaba telefonar a Nueva York, a un tipo que sabía haría la compra inmediatamente, aunque desde luego tendría que ceder un veinticinco por ciento del valor de los brillantes. Pero esto quería decir que íbamos a cobrar setecientos cincuenta mil dólares. Habría trescientos setenta y cinco mil para cada uno, y seguía siendo una cifra astronómica.

Encendí un cigarrillo. Hacía un par de horas que habíamos salido de Key West cuando nos cruzamos con un guardacostas. Pasó muy lejos de nosotros, por estribor, y Logan volvió la cabeza.

—Ahí lo tiene, amigo. Siempre pasa por aquí a estas horas.

—Marchamos bien, ¿eh? —le dije.

—De primera, pero eso no le servirá a usted de nada. Es demasiado bocado para que lo trague uno solo.

—Corriente —le sonreí—. Cumple con lo tuyo, y yo haré lo demás.

Proseguimos nuestro viaje. En el horizonte, hacia la derecha, vi un relámpago.

—¡Infiernos! —exclamó Jim Logan—. Vamos a tener una tormenta.

—Está muy lejos —dije—. No nos alcanzará.

—Es lo que usted cree. Bastará que cambie la dirección del aire

para que en pocos minutos nos encontremos en el centro del huracán.

—¿Falta mucho para llegar?

—Muy poco, quizá un cuarto de hora.

El cielo se cubría de nubes y el mar empezó a picarse. No me gustó.

De pronto el barco dejó de correr a la velocidad que habíamos llevado hasta entonces.

—Éste es el sitio —dijo Jim Logan.

Le miré a los ojos.

—Escuche bien, Jim. Esperaremos media hora y si en ese plazo tus amigos no han aparecido te arrojaré por la borda y tendrás que ir a nado hasta Key West.

Tragó saliva y no dijo nada.

—Recuérdalo —machaqué—; sólo tienes media hora.

Lo pensó un instante. Manióbró en los mandos y la barca empezó a correr a la misma velocidad que antes.

Solté una risita para mis adentros. El tipo me la había querido jugar otra vez. Allí hubiésemos estado horas y horas, a la espera de algo que nunca hubiese llegado.

Como cosa de media hora más tarde, nos detuvimos nuevamente. Jim me miró y ninguno de los dos dijimos nada.

—¿Me quiere dar un cigarrillo? —pidió.

Le puse un cigarrillo en la boca y froté un fósforo. Encendió y vi cómo sus labios temblaban. Estaba nervioso, y eso me indicó que ahora estábamos en el sitio exacto.

Al cabo de un rato aparecieron las luces de una embarcación por nuestra derecha, al frente, por el camino de Cuba. Su proa enfilaba hacia nosotros y yo me estremecí. Pensé que si la barca se detenía y pasaba alguien a bordo con los brillantes, la cosa iba a ser más difícil, pero recordé lo que me contó Martha. El tipo de la otra lancha tendría que arrojar al mar la mercancía, y pasar de largo. Era lógico teniendo en cuenta el peligro que corrían, pero la proa siguió enfilándonos.

Aguanté la respiración durante un rato y vi cómo se desviaba. Pasó a unas veinticinco yardas de nosotros y de pronto algo brillante salió disparado al cielo y luego cayó en el agua.

—¡Vamos! —ordené a Jim Logan.

La otra embarcación trazó un círculo alejándose de nosotros y se puso en camino hacia su punto de partida.

Cogí un largo palo que había visto en la proa provisto en uno de los extremos de un largo garfio.

Jim Logan disminuyó la velocidad y cuando pasaba junto al objeto brillante que flotaba en el agua, lo cacé con la punta de acero y lo atraje a cubierta. Era un cilindro de corcho recubierto su parte superior con pintura fosforescente.

Jim Logan me estaba mirando.

—Volvamos a Key West —le ordené.

—Oiga —me dijo—, supongo que me pagará algo. Media docena de piedras no significará mucha pérdida para usted.

—Quizá me decida. Dependerá de ti.

—No va a tener queja —dijo.

Me senté en la silla extensible y me dediqué a abrir el cilindro. Dentro había una bolsa negra recubierta de plástico. Tiré de ésta y la abrí volcando su contenido en mi mano. Los diamantes brillaron en mi palma. Los examiné desde el primero hasta el último. No eran de los más buenos. Martha se había excedido en la valoración. Por aquello no sacaría más de trescientos mil. Seguían siendo un buen pellizco ciento cincuenta mil. Separé seis brillantes para dárselos a Jim Logan.

Eran las dos de la madrugada cuando nos detuvimos en Key West. Jim terminó la maniobra de atraque y vino hacia mí. Le di sus piedras y las guardó en el bolsillo sin mirarlas.

—Le voy a advertir algo —murmuró—. Sus dificultades van a empezar ahora. Todo esto le fue fácil. Antes de una hora sabrán que Decker no fue quien recogió la mercancía.

—¿Cómo lo van a saber?

—Decker, una vez llegaba aquí, se ponía en contacto con sus amigos por radio.

—¿Dónde está la emisora?

—No lo sé. Aquí cada uno tiene una misión, y yo siempre me he ocupado de llevar a Decker. De regreso en Key West terminaba mi trabajo. Era fácil y me lo pagaban bien.

Aquello de la emisora de radio parecía bastante lógico. Decker comunicaba la novedad una vez se encontraba en tierra de Estados Unidos. Naturalmente, ahora aquellos tipos iban a esperar en vano

y cuando pasase un tiempo prudencial, se pondrían en movimiento. Imaginé que la organización sería como un pulpo cuyos tentáculos llegarían a todas partes. Entonces comprendí las advertencias que me habían hecho de que no lograría mis propósitos.

Me dirigí a mi hotel rápidamente, apretando contra mi costado la bolsa de brillantes que había guardado en el bolsillo interior de la chaqueta.

Puse la llave en la cerradura de mi habitación y pasé dentro.

Cerré a mis espaldas y sólo di un paso porque la sangre dejó de circular por mis arterias.

En el pequeño *living* me esperaban demasiadas personas y yo no había citado a ninguna para aquella hora.

Había dos mujeres y tres hombres. Las mujeres eran Dorothy y Martha y los tres tipos eran Charles Krume y otros dos fulanos que yo no había visto en mi vida, pero éstos fueron los que me llamaron más la atención, porque cada uno de ellos empuñaba una pistola.

CAPÍTULO X

Detuve la mirada en los ojos de Dorothy y vi la más profunda decepción reflejada en ellos.

Charles Krume y se puso a reír.

—¿Lo veis, muchachos? —dijo refiriéndose a los dos *gangsters*—. Sabía que mi amigo Bill lo haría.

Me apreté el puente de la nariz.

—¿Qué haces en Key West, Charles?

—Lo mismo que tú; me dedico a la pesca.

—Es algo que no comprendo —dije—. Tienes un negocio seguro, bien organizado. Los primos no se acabarán nunca y en tu club los puedes escurrir bien. ¿Para qué meterte en líos?

—¿Lo oís, chicos? Bill me quiere mucho.

Martha dio unos pasos hacia Krume y.

—¡Maldito seas, Charles! Bill tiene razón. Ya tienes bastante con lo que sacas engañando a la gente.

—Punto en boca, ricura —dijo Charles—. No quiero oírte.

Los senos de Martha se agitaron embravecidos por la ira.

—Te va a salir mal esto, Charles.

Krume y hizo una señal con la cabeza y uno de los matones dio un paso hacia Martha y la empujó en el hombro lanzándola contra un sillón.

Martha rebotó en éste y se escurrió hasta el suelo. Mostró sus piernas desnudas y, muy rabiosa, se las cubrió con la falda.

—¡Cuadrilla de cerdos! —exclamó, y al ver que el tipo que la había empujado se dirigía otra vez hacia ella contuvo la retahíla de imprecaciones que iba a soltar.

Se hizo un silencio.

Charles Krume y señaló la mesa ratona que había delante del diván.

—Anda, Bill. Ponlos ahí; quiero verlos.

¿Qué podía hacer yo? Sacudí la cabeza en sentido afirmativo y caminé hacia la mesa.

Tenía la pistola en el bolsillo trasero del pantalón, pero no pensé siquiera en utilizarla. Si no hubiese estado allí Dorothy quizá me hubiese atrevido, pero pensé que, aunque a mí me pasase algo, ella debía salir de allí sin daño alguno. Desde ese instante iba a ser mi única preocupación.

Saqué la bolsa, tiré de la cinta de cuero y la volqué sobre la mesa. Los brillantes refulgieron con luz propia sobre la negra madera.

Martha se levantó rápidamente y miró los pedruscos con los ojos muy abiertos.

—¡Son míos! —rugió y miró a Krumey—. ¿Lo entiendes, Charles? ¡Míos!

Charles soltó una risita.

—No pierdas los nervios, preciosa. Quizá otra vez tengas más suerte.

—¡Quiero una parte!

—Si no te callas pronto, la vas a tener. Creo que Frank te ha tomado manía.

Frank era el tipo que la había empujado y que ahora se había acercado a ella dispuesto a frenarla otra vez.

Martha le dirigió una mirada.

—¡No me vuelvas a tocar, maldito gorila!

El maldito gorila se detuvo y no ocurrió nada.

Charles se acercó a la mesa, metió otra vez los brillantes en la bolsa y escondióla en el bolsillo interior de su chaqueta. Martha seguía sus movimientos con ojos chispeantes de furia.

—¿Es que no me vas a dar una parte? —preguntó.

—No, nena.

—Fue a mí a quien se me ocurrió este golpe.

—Yo lo sabía, pequeña. Tenía noticias de lo que Decker se traía entre manos y cuando te conocí me di cuenta de que eras una mujer ambiciosa y que, tarde o temprano, tratarías de jugarle una mala pasada. Yo sólo tenía que esperar. Era cuestión de tiempo, hasta que encontrases el tipo que tú creyeses adecuado.

Hizo una pausa sin dejar de sonreír. Estaba muy satisfecho de sí mismo; en aquellos momentos se creía el tipo más listo del mundo.

Prosiguió:

—Hasta que Bill Forrester se te cruzó en tu camino. Fue verdaderamente azaroso que yo te proporcionara la oportunidad. Realmente mi intervención es lo más importante en todo esto. Mis hombres castigaron a Bill y sin esa paliza tú no lo hubieses conocido. ¿Te das cuenta, ricura? Vistas así las cosas, yo soy el que tiene derecho a todo y por eso me lo quedo.

Miré a Charles.

—¿Por qué has mezclado a ella en esto?

El sabía que me estaba refiriendo a Dorothy; no a Martha.

—Los muchachos te vieron con la rubia y supusieron que también estaba metida en el jaleo.

—No tiene nada que ver.

—Está bien, no os va a pasar nada.

—¿Qué es lo que pretendes, Charles? Tienes tus brillantes. Lárgate con tus muchachos y déjanos en paz.

—Oh, no puedo hacer eso. Vendréis con nosotros.

—¿Por qué?

—No nos podemos arriesgar a que alguno de vosotros se lo sople a la policía. Sólo haremos un viaje.

—¿Adonde?

—Iremos a una isleta, donde Frank tiene una casa. Nos invita. Os dejaremos allí y nos marcharemos.

No me agradaba nada la idea. Charles era capaz de ordenar nuestra muerte y quedarse tan tranquilo. Pero si se le había metido la idea entre ceja y ceja yo no lograría nada intentando que la cambiase.

Tendría que confiar en su palabra, de momento.

—Anda, Frank —dijo ahora—; aligera de peso a nuestro amigo.

Frank vino detrás de mí y me quitó la pistola.

Luego Charles carraspeó suavemente y declaró:

—Vamos a salir del hotel. Seremos una pandilla de amigos que va a correr una juerga. Quiero ver rostros sonrientes y mucha alegría. Y recuérdenlo; no pasará nada si todo el mundo colabora —movió la cabeza hacia Dorothy—. ¿Lo has oído, rubia? Estás muy callada y no me gusta.

—¡Déjeme en paz! —exclamó Dorothy.

Krume la contempló de los pies a la cabeza descaradamente y

eso me quemó la sangre. Di dos pasos hacia él, pero Frank se cruzó en mi camino.

—Nada de eso, muchacho —dijo.

Krumey se echó a reír.

—Caramba, Bill... No sabía que ella te interesase tanto. Palabra que no tienes mal gusto. Esta chica vale su peso en oro y es rubia, como a mí me gustan.

—Será mejor que te olvides de ella —dije con voz ronca.

—¿Qué pasará si no? —preguntó jocosamente.

—No me importarán las pistolas y apuesto a que te echan mano aunque lo pague con la vida.

Me miró fijamente considerando mi amenaza, y debió llegar a la conclusión de que yo era muy capaz de llevarla a cabo.

—No te sulfures, Bill. Somos amigos desde hace muchos años y siempre he respetado a las novias de mis amigos.

—¡No soy su novia! —gritó Dorothy.

Eso fue lo que más divirtió a Charles. Se mojó el labio inferior con la lengua, mirándola otra vez.

—Eso está bien, muchacha. Me agrada que estés vacante, te lo juro.

Dorothy se levantó del sillón y exclamó:

—¡Todos ustedes son una pandilla de miserables! —desvió los ojos hacia mí—. Sin la menor excepción.

—De acuerdo, nena —dijo Charles—. Lo somos; pero serénate un poco. No vaya a ser que se te acabe esa bonita cara.

Rugué al cielo que Dorothy le hiciese caso.

Hubo un largo silencio. Finalmente, Charles señaló la puerta.

—Andando todos y tener en cuenta lo que os dije antes. Estamos de fiesta y vamos a continuarla en otro sitio.

Nos pusimos en marcha. Primero salieron Martha y Dorothy y detrás de ellas lo hizo Frank. A continuación iba yo y en pos de mí el otro *gángster* y Charles Krumey.

Bajamos todos en el ascensor y abandonamos el hotel.

Las nubes cubrían el cielo de Key West y a aquellas horas de la madrugada soplabla un viento muy frío. Daba la impresión que de un momento a otro descargaría la tormenta.

Nos dirigimos al puerto. Saltamos a una barca casi tan grande como *La Platense* de Jim Logan. Había un tipo en la cabina, grueso,

de cabeza grande.

Poco después iniciábamos el viaje.

Yo estaba entre las dos chicas, pegados a la banda de babor. Miré a Dorothy y dije:

—Lo siento, nena.

Ella me observó con ojos brillantes y vi cómo palpitaban las aletas de su nariz y su pecho también se estremeció.

—¿Conque éste era tu filón? —murmuró.

—Sé que no te merezco, Dorothy, y cuando esto termine nos separaremos; pero por favor, confórmate ahora. Estos tipos son peligrosos.

—Quizá no lo sean tanto como tú. Escuché a Martha contar lo que hiciste esta tarde con un tal Decker.

—Me limité a impedirle la libertad de movimiento.

—Claro que sí; necesitabas retirarlo de la circulación para robarle los brillantes.

—No trato de disculparme, Dorothy, pero el tal Decker sólo es un contrabandista.

—Un delincuente no justifica otro delincuente, Bill.

Tenía razón y no podía decir nada en contra.

De pronto la barca cruzó por la bocana. Una ola pegó un fuerte golpe en la borda y Dorothy se vino contra mí lanzando un grito.

La aferré por la cintura y su cara quedó tan cerca de la mía que nuestros labios se rozaban. Nos miramos a los ojos.

—Suéltame —dijo dando un tirón.

La dejé libre como quería. Sentí que Martha me cogía una mano y me volví hacia ella.

—¿Qué quieres? —le pregunté desabridamente.

El mar rugía a nuestro alrededor y la barca coceaba como un potro al que estuviesen domando.

Martha me echó los brazos al cuello y se apretó contra mí. Ya sabía que no necesitaba hacer aquello para mantener el equilibrio. Era lo único que le faltaba ver a Dorothy, para que me odiase con todas sus fuerzas.

Fui a desembarazarme de ella y de pronto me dijo muy quedamente:

—Tengo una pistola, Bill.

—¿Dónde?

—En la parte interior de mi falda. Está cogida con una goma.

—¡Infiernos! —exclamó Charles sonriente desde la puerta de la cabina—. ¿Qué les das, Bill?

Martha me besó en la boca y eso fue un acierto por parte de ella. Luego se separó de mí.

Miré a Dorothy y vi cómo se mordía el labio inferior fuertemente. Ahora yo no podía darle ninguna explicación. Había visto cómo Martha me besaba sin que yo hiciese nada por evitarlo.

A pesar de que habíamos salido a mar libre, la barca se movía como un cascarón de nuez.

Empezaron a caer del cielo unas gotas gruesas, calientes, y un rayo iluminó el firmamento hacia la parte del golfo.

—Ya la tenemos sobre nosotros —advirtió el tipo de la cabeza grande, que estaba en la cabina.

Con el agua que entraba del mar y la que caía de arriba, en unos instantes quedamos empapados, pero Charles era más listo y estaba junto al timón. De vez en cuando miraba hacia nosotros y sonreía.

Martha soltó una imprecación y se volvió hacia el mar.

—Tengo toda la falda mojada. ¿Te das cuenta, Bill? La pistola no servirá.

—Tendremos que esperar a que lleguemos a esa isla.

—¿Crees que nos van a dar tiempo?

—Quizá tengamos un poco de suerte en eso, si este temporal va a más, Charles no tendrá mucha prisa en liquidarnos. Lo más probable es que espere unas cuantas horas a que cambie el tiempo.

—Ese puerco no se saldrá con la suya.

—Será mejor que cambies de táctica, nena. Si le excitas mucho se puede poner nervioso.

—Está bien, moderaré mi vocabulario.

Pensé que le iba a costar un poco de trabajo porque ahora la conocía bien.

Al cabo de una hora de partir de Key West llegamos a nuestro destino. Una de las pequeñas islas que a centenares hay en la bahía de Florida.

A la luz de un relámpago vi una casa un poco más allá de la playa. Las palmeras eran atacadas violentamente por el huracán.

Nos hicieron saltar de la barca.

La marcha hacia la escalera del porche fue muy lenta, porque el

viento soplaba cada vez con más violencia.

Frank abrió la puerta y se metió dentro. Poco después apareció con una lámpara de petróleo y nos hizo una señal para que entrásemos. Lo hicimos ateridos de frío.

Charles rió.

—Apuesto a que la fiesta va a ser sonada.

Había un confortable *living* y las mujeres se sentaron en un diván.

Frank se entretuvo en encender el leño que había en la chimenea.

El hombre de la cabeza gorda se quedó guardando la puerta. Le vi bajo el cinturón una gran pistola.

Iba a ser muy difícil sorprenderles.

Charles se dirigió al mueble-bar y se escanció una buena ración de *whisky* en su vaso.

—¿Tienes ahí la radio de pila, Frank? Quiero oír música.

Poco después Frank puso el aparato portátil sobre el mueble-bar, cerca de Charles, y dio con una emisora que radiaba música de baile.

Charles se puso en movimiento y detúvose frente a Dorothy.

—¿Quieres dar unas cuantas vueltas conmigo, nena? —preguntó.

—¡Váyase al cuerno!

Charles soltó una risita.

—La has puesto furiosa, Bill —dijo—. Se ve que te quiere mucho. Palabra que eres un tipo de suerte.

Yo también le envié al infierno mentalmente.

Entonces se acercó a Martha.

—¿Y tú, preciosa? ¿No quieres divertirte con el amigo Charles?

—Espera un poco que me seque —dijo Martha y se encaminó al hogar donde crepitaba el leño.

La seguí con la mirada y di un respingo porque como sus ropas estaban húmedas, se notaba perfectamente la pistola que guardaba bajo la amplia falda. Por fortuna, nadie había dado cuenta de ello.

Se apoyó en la repisa de la chimenea y quedóse contemplando las llamas.

—¿Sabéis que sois la mar de aburridas? —dijo Charles mirándolas alternativamente—. Lo que debía hacer es marcharme

ahora mismo.

Le miré a los ojos y supe que había acertado. Nos habían llevado allí para acabar con nosotros. A su juicio, había hecho la mejor jugada. Tenía los brillantes y nadie establecería una relación entre él y yo. Toda mi actuación le favorecía. El que yo hubiese dejado vivo a Decker le deparaba una gran seguridad para sus futuros pasos. Decker siempre hablaría de mí y de Martha, pero no de Charles Krume y, naturalmente, cuando la banda de contrabandistas le ajustase cuentas a Jim Logan, éste también me citaría a mí como un lobo solitario que había querido emprender la aventura sin ninguna compañía.

El hombre de la cabeza gorda se acercó a una ventana y miró hacia fuera.

—No podemos marcharnos —dijo.

—¿Quién dice que no? —Se volvió Charles, furioso.

—Mi barca es buena, pero ese ciclón la barrerá como si fuese un tablón de madera.

Krumey soltó una maldición en voz alta y se fue otra vez al mueble-bar, le quitó el vaso de la mano a Frank y bebió un trago.

El compañero de Frank, el tipo que nunca hablaba, estaba en pie, recostado en la pared, fumando un cigarrillo. Escondía la diestra en el bolsillo de la chaqueta, justo donde guardaba la pistola.

Vi que Martha se había puesto en cuclillas ante la chimenea, y el corazón me dio un vuelco. La muy estúpida iba a tratar de arreglar el asunto por su cuenta. Naturalmente se disponía a sacar la pistola y yo sabía por qué lo hacía. Se liaría a tiros con todos incluyéndome a mí. Tenía Krumey los brillantes y ella no quería partirlos con nadie.

Esperé unos instantes y vi cómo empezaba a bajar la mano buscando el ruedo de la falda.

Tenía que impedir que cometiese aquella locura. Me levanté rápidamente y fui hacia ella. Me agaché, la cogí de un brazo y tiré con fuerza. Empezó a soltar una maldición y la rodeé por la cintura.

—Vamos a bailar, nena —dije y la arrastré siguiendo el ritmo de la rumba que brotaba de la portátil.

Sabía que ella no iba a estar callada y me la llevé hacia la zona de oscuridad del fondo de la habitación, donde nacía una escalera

que conducía al piso alto.

—¿Por qué has hecho esto? —preguntó.

Vi que todos nos miraban, incluso Dorothy, y sonreí para que creyesen que nuestra conversación era intrascendente.

—¿Es que no te has dado cuenta, nena? Lo ibas a echar a perder. ¿Qué crees que hubieses durado? Es posible que matases a algunos, pero los otros hubieran agujereado tu linda piel.

—¿Por qué no lo haces tú?

—Éste no es el momento. ¿No oíste al cabezón? El temporal acaba de empezar. Puede durar unas cuantas horas. Apuesto a que para entonces estos tipos habrán consumido un par de botellas de *whisky*. Entonces les podremos dar una sorpresa.

—Tienes razón, Bill. No sé qué me pasa.

De pronto una mano me aferró por el hombro y tiró de mí fuertemente. Solté a Martha y giré sobre mis talones.

Inmediatamente un puño hizo impacto en mi barbilla. Salí disparado hacia atrás y detuvo mi caída la pared. Sacudí la cabeza de un lado a otro y vi a Krume que estaba riendo al lado de Martha.

—¿Por qué has hecho eso, Charles? —dije encaminándome hacia él.

—¿Es que no lo recuerdas, Bill? Ella tiene el primer baile comprometido.

Le sacudí un trallazo en el hígado con la derecha, y se derrumbó clavando las rodillas en el suelo.

—¿Qué es lo que ha hecho? —gritó Frank viniendo hacia mí con la pistola en la mano.

Krume alzó la cara con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Maldito seas, Bill! ¡Me las vas a pagar! ¡Esto no va a quedar así!

Sacó una pistola y yo pensé que había llegado mi final, porque el rostro de Charles estaba lívido de rabia.

CAPÍTULO XI

Me apuntó al estómago y dio un paso acercándoseme. De pronto levantó la mano y la descargó.

El acero percutió en mi sien y tuve la impresión de que mi cabeza estallaba en mil fragmentos. El piso de madera avanzó hacia mi cara y se produjo la colisión.

No sé cuánto tiempo permanecí insensible. Al cabo de un rato escuché la música. Bill Halley y sus muchachos interpretaban un «*rock and roll*». Unos pies se movían. Eran Krumey y Martha los que bailaban.

—¿Cómo estás, muchacho? —me preguntó Charles, riendo.

Sentí que algo me corría por la mejilla y me pasé el dorso de la mano por el rostro.

Charles me había abierto una buena grieta de la cual manaba sangre.

Mis ojos se encontraron con los de Dorothy y observé que en ella se había producido un cambio. Me seguía queriendo. Eso fue como un bálsamo para mí. Prometí que aquellos tipos no iban a salirse con la suya. De eso me encargaba yo.

Frank y su compañero estaban dando cuenta de una botella de *whisky*. El tipo de la barca continuaba junto a la ventana y también exhibía un vaso en la mano. La lluvia azotaba los cristales y de vez en cuando el firmamento era surcado por un relámpago. Por encima de la música se oía el ruido del fuerte oleaje que castigaba la isla.

Me puse en pie trabajosamente y me dejé caer en un sillón.

A Charles le había empezado a hacer efecto el alcohol. Aproximaba demasiado su cabeza rapada a la de Martha y ésta no rehuía el contacto. Miré hacia la parte de la falda de la joven que ocultaba la pistola y la vi muy cerca de la rodilla de Krumey. Un falso movimiento y éste tropezaría con el arma, con lo que nuestra última esperanza quedaría arruinada.

En eso la música se interrumpió y fue algo providencial, porque los bailarines se separaron.

La voz de un locutor anunció:

«—Está transmitiendo para ustedes la emisora de Miami. ¡Aviso urgente, para toda la Bahía de Florida! Nos comunican que el ciclón “Agne” está girando hacia el golfo de México. Hasta el momento presente sus efectos sólo han sido notados en la zona situada al sur de Miami y, especialmente, en los Cayos de cabo Sable. Sólo hay que lamentar tres víctimas, aunque el ciclón ha ocasionado destrozos en los muelles de las islas. Docenas de embarcaciones han roto sus amarras y han sido violentamente arrojadas a tierra. Los daños se calculan en dos millones de dólares. Al parecer, si se confirma la dirección del ciclón, la zona quedará libre alrededor de las seis de la mañana...»

Inmediatamente continuó la música. Charles consultó su reloj de pulsera y frotóse las manos. Miró al hombre gordo de la ventana.

—¿Qué dices, Luigi? Son las cuatro y media. ¿Nos marchamos?

Luigi miró por la ventana.

—Ellos dirán lo que quieran, pero sigue soplando fuerte. No podríamos llegar más lejos de una milla.

—¡Tú y tu maldito miedo! —exclamó Krumey—. Está bien. Esperaremos hasta las seis, pero ni un minuto más —volvió la cabeza—. ¡Frank!

—¿Qué quiere, señor Krumey?

—¿Es que no hay nada de comer en esta maldita casa?

Frank se rascó el cogote.

—Creo que sí. La última vez que estuve aquí traje algunas conservas. ¿Le gusta la carne, patrón?

—Prepara lo que sea.

Charles estaba desesperado y yo sabía por qué. Tenía los brillantes encima, y de no haber surgido aquel ciclón, a estas horas podría haberse encontrado camino de Nueva York, de Los Ángeles o de cualquier otro sitio donde vendería bien su mercancía. Indudablemente pensaría largarse de Florida en avión.

Yo le hice una señal con la cabeza a Martha y ella me entendió. Acercóse a mí y sentóse en el brazo del sillón.

Dorothy le dirigió una fulminante mirada y Martha la obsequió con una sonrisa de desafío.

Krume y me observó con ojos regocijados.

—Tienes a las dos en el bolsillo, ¿eh, Bill?

—Y eso a ti te saca de quicio —dije—. No te sirve siquiera que te hayas rapado la cabeza.

Enrojeció súbitamente.

—Te voy a arrancar la dentadura de cuajo, Bill —chilló.

—¿Con los puños, Charles?

Sacó la pistola y la cogió por el cañón.

Se había hecho un gran silencio.

En eso salió Frank por una puerta con un plato en una mano.

—Aquí tiene la comida, jefe. Huele bien. La calenté un poco.

Frank puso el plato y un cubierto sobre la mesa.

Era un hermoso pollo en salsa.

Charles miró al pollo y me miró a mí.

—Luego nos veremos, Bill —dijo y encaminóse hacia el diván.

Di mentalmente gracias a Frank por haberme librado de él.

Charles puso el revólver sobre la mesa y se sentó. Cogió un muslo de pollo y tiró, arrancándolo. Empezó a comerlo soltando gruñidos de satisfacción.

Todos le mirábamos y creo que nos contagiarnos de su apetito, pero el muy animal no nos ofreció un bocado. De vez en cuando se chupaba la salsa de los dedos.

Se pasó veinte minutos comiendo y no paró hasta que dejó los huesos completamente limpios.

Se volvió hacia Frank.

—¿No tienes otro pollo por ahí?

—No, jefe.

Charles se retrepó hacia atrás y golpeóse el estómago.

—No hay nada como un pollo —dijo.

—Es lo que he dicho siempre —asintió Frank.

Charles desparramó la mirada por la habitación. Finalmente detuvo sus ojos en el rostro de Luigi.

—¿No ha pasado todavía ese maldito ciclón?

—Sí, creo que sí. Nos podremos marchar dentro de un rato.

—¿Cuánto?

—Quince minutos o veinte. Entonces mi barca podrá hacer frente al oleaje con toda seguridad.

—Muy bien —dijo Charles, más optimista, y sacó un cigarrillo

que se puso en los labios.

Frank le acercó una llama y encendió. Después de arrojar una bocanada de humo clavó sus ojos en mí.

—¿Sabes lo que te pasa, Bill? —murmuró—. Nunca debiste meterte en esto. Confieso que eres un individuo valiente, pero tienes demasiados prejuicios, ¿sabes? Cuando uno se mete en un negocio de un millón de dólares hay que estar decidido siempre a apretar el gatillo.

—Gracias por la lección —repuse—. Lo tendré en cuenta para otra vez.

Soltó una risita.

—No habrá otra vez, Bill.

—Dijiste que nos ibais a dejar aquí.

—Pero apostado a que tú no lo creíste. Eres demasiado inteligente para ello.

Martha me tocó con el codo y ésa era una señal para que intentase apoderarme de la pistola que ella guardaba.

La parte de la falda en que estaba prendida resbaló hacia mi lado.

Consideré mis posibilidades observando la situación de cada uno de los tipos que había en la habitación. Luigi continuaba en la ventana y su chaqueta seguía abierta mostrando el arma que tenía bajo el cinturón. Su mano izquierda estaba muy cerca de la pistola y probablemente en tres segundos se podría apoderar de ella.

Frank se hallaba en pie cerca de Charles y era el más confiado. El otro tipo, el mudo, se recostaba junto a la pared, pero permanentemente tenía una mano metida en el bolsillo abultado y con la otra sostenía un vaso. Parecía un hombre muy parco con la bebida, porque la iba haciendo desaparecer en pequeñas dosis.

—Creo que cometerías una locura —dije a Charles mientras acercaba la diestra a la falda de Martha—. Es posible que hagas bien en liquidarme a mí, porque probablemente no descansaría hasta echarte el guante, pero ellas son mujeres y te pueden dar su palabra de que mantendrán la boca cerrada.

—No me sirve —contestó.

—Piénsalo un poco, Charles. El matar por matar nunca conduce a nada. Tú te podrás considerar a salvo ahora, pero sabes que la policía trabaja bien. Pensarás que no has dejado un solo cabo

suelto, pero siempre se produce el fallo.

—En este caso, no habrá ninguno.

Solté una imprecación para mis adentros al ver que Charles se había colocado en una posición desde la que podía ver los movimientos de mi mano. Con sólo que se hubiese puesto un poco más a la derecha, ya habría podido sacar la pistola con toda facilidad, pero así era muy difícil. De todas formas, lo tenía que intentar. Los minutos se sucedían unos a otros y cada vez las dos mujeres y yo estábamos más próximos a la muerte. Era inútil que tratase de porfiar con Charles por la vida de ellas; no me escucharía. El había trazado su plan y lo llevaría hasta el final fría y despiadadamente, sin ninguna concesión.

Se puso en pie y miró a Frank.

—¿Estás seguro de que nos espera el tipo del avión?

—No hay duda, jefe. Le di quinientos pavos adelantados para que no se moviese de allí durante el tiempo que hiciese falta. Ya le dije que es primo mío.

—Eso está bien —asintió Charles, sonriente.

En aquella posición yo podía mover mejor la mano. La pasé por debajo del ruedo de la falda manteniéndolo muy alejado de la pierna de Martha. Mis dedos tocaron el cañón y luego la goma que estaba cosida con hilo. Tiré hacia abajo de la pistola, pero noté que la goma se enganchaba con el gatillo.

—¿Qué te pasa, Bill? —dijo de pronto Charles y me quedé inmóvil—. Estás sudando como un condenado.

Tenía razón. Me sentía bañado de sudor. Me eché hacia adelante para que no se diese cuenta de lo que estaba haciendo.

—No me encuentro bien —dije—. Creo que ha sido el golpe que me soltaste en la cabeza.

Charles soltó una carcajada.

—¿Lo habéis oído, muchachos? Se nos ha puesto enfermo. Dice que fue por el golpe, pero yo sé lo que tiene. ¡Miedo! Se le ha metido en el tuétano.

—Quizá tengas razón —dije siguiéndole la corriente.

Pasé los dedos por el gatillo para desprender la goma. Sentí cómo Martha se removía, impaciente por que yo terminase de una vez por sacar el revólver.

De pronto se abrió la puerta de golpe y entraron tres hombres.

El primero de ellos llevaba una metralleta en la mano.

—¡Quieto todo el mundo! —gritó.

El mudo no obedeció. Dejó caer el vaso al suelo, que se hizo añicos, y sacó del bolsillo una enorme automática.

El de la metralleta le soltó una ráfaga.

El mudo se estremeció una y otra vez y de pronto su cuerpo se dobló en dos, completamente partido, y se vino abajo, golpeando la cabeza contra el suelo.

Los otros dos tipos que iban detrás del de la metralleta enseñaron sus pistolas de gran cañón.

Se hizo un silencio en la estancia. Charles era el más asombrado de todos.

Luigi se apartó rápidamente de la ventana con los brazos levantados para indicar que no estaba dispuesto a ofrecer resistencia.

Los recién llegados se cubrían con impermeables de plástico que chorreaban de agua.

El de la metralleta era muy moreno, de patillas largas y bigote recortado.

Observó a las mujeres y dijo:

—Una morena y una rubia. ¡Vaya dos ejemplares! Estos tipos no se privan de nada.

Los otros soltaron sendas risotadas y el que entró el último cerró la puerta.

Yo seguía echado hacia delante con la mano en la pistola, pero en aquel momento no me convenía sacarla. Era un verdadero juguete en comparación con la artillería pesada de aquellos tipos.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Charles.

El fulano de la metralleta se puso a reír y habló por la comisura de la boca a sus compañeros.

—Pregunta que quiénes somos.

La puerta se abrió esta vez y entró Jim Logan. El también, para no ser menos, esgrimía una pistola con la mano que no tenía herida. Vio a Luigi y se dirigió hacia él y de pronto le pegó un culatazo en la cara. Se oyó un chasquido y Luigi se desplomó en el suelo. Cuando empezó a incorporarse soltó un chorro de sangre por la boca.

—Debería rebanarte la nuez —dijo Jim Logan. Se volvió hacia el

de la metralleta—. Es Luigi, señor Houston, un compañero que siempre me ha tenido envidia.

Houston sacudió la cabeza y preguntó:

—¿Quién es el tipo que se quedó con los brillantes?

Jim Logan me buscó en la habitación y cuando me encontró señalóme con la mano vendada.

—Ahí lo tiene —declaró.

Me encomendé al cielo. Aquel condenado Houston sería capaz de enviarme otra ráfaga como saludo. Me miró y juré que jamás había visto un par de ojos tan desprovistos de vida. Habría asesinos en el mundo, pero estaba seguro de que Houston ocupaba uno de los primeros lugares en el escalafón por derecho propio.

—¿Fuiste tú, muchacho? —dijo y sonrió—. Eres un sujeto con muchos redaños.

—No tengo los brillantes —me apresuré a decir antes de que tras el halago hiciese escupir la metralleta.

—No me digas que los has vendido ya.

—Me los quitó Charles Krume —señalé con el dedo al pequeñajo.

Charles retrocedió un paso al sentir sobre sí la mirada de Houston.

Hubo un silencio.

—Charles Krume —repitió Houston—. ¿El tipo de Miami?

Charles intentó sonreír.

—Sí, yo soy.

—¡Vaya, hombre! —dijo Houston—. Ya me parecen demasiadas moscas.

—¿Cómo dio con nosotros? —preguntó Charles.

—Fue la mar de fácil. Jim Logan os vio subir en la barca de Luigi. El muchacho listo —me miró a mí— iba con vosotros.

Charles se arrepintió de no habernos dejado en el hotel vivos o muertos. Se le habían complicado las cosas trayéndonos a aquella isla del demonio.

—Saca los brillantes, Charles —ordenó Houston.

Me dije que allí se iba a armar una en grande. Charles sabía que no había salvación para él, que de un momento a otro se iba a cortar el hilo de su vida. No se necesitaba tener la cabeza rapada para entender eso. Houston y los suyos habían llegado allí como

vencedores. Formaban parte de la organización de Decker, y naturalmente, tal como había anunciado Jim Logan, al no recibir la confirmación de la llegada de los brillantes a nuestro país, se habían puesto en movimiento. Aposté que aquellos tipos estaban encargados en Key West de proteger a Decker sin que siquiera éste lo supiese. Lo que parecía una cosa simple era más complicada. Decker no era más que una simple pieza de un gran motor que debía trabajar con una precisión matemática.

Mi mano rodeó la culata de la pistola.

Charles sacó la bolsa de los brillantes y la sopesó.

—Aquí los tiene, Houston —dijo.

Houston sonrió y echó a andar. Lo hizo muy lentamente.

Traté de calcular el momento en que Charles se iba a suicidar. El brazo que sostenía la bolsa me tenía que dar la pauta. Lo encogió levemente. Para mí fue claro que arrojaría la bolsa a la cara de Houston. Frank y Luigi también estaban preparados, pero aposté a que también lo estaba Houston, Jim Logan y los otros dos tipos.

Deseé que, al menos, saliese de allí alguien con vida. Una mujer que era ajena a todo aquello: Dorothy. Sentí los latidos de mi corazón. Houston, a pesar de la reducida distancia que tenía que recorrer, continuaba andando, y es que hay momentos en la vida en que el tiempo parece detenerse.

Charles encogió otra vez el brazo. Iba a estallar el polvorín.

Un segundo, dos, tres... ¡Ahora, Charles!

CAPÍTULO XII

Krumey arrojó la bolsa tal como estaba previsto, contra la cara de Houston, pero éste desvió la cabeza para evitar el impacto.

Todos los brazos se pusieron en movimiento menos el mío, porque yo estaba en una posición muy cómoda con la pistola ya preparada para usarla, cubierta por la falda de Martha.

Houston hizo funcionar otra vez su metralleta a petición de Charles. Éste recibió la ráfaga de arriba abajo. Yo solté un pildorazo y Houston miró asombrado hacia nuestro lado, con un agujero en el centro del pecho, no pudiendo creer que de una falda saliese una bala. Quizá le habían contado aquello de que salió una vez de una escoba. Estaba muerto antes de caer, pero su metralleta golpeó antes contra el suelo.

Para aquel entonces el *living* se había convertido en una sala de tiro al blanco.

Frank derrumbó con un certero pistoletazo al hombre que estaba más cercano a la puerta, pero a su vez recibió una ración de plomo que le chamuscó las cejas y le hizo saltar la tapadera de los sesos.

Luigi acabó con Jim Logan y Jim Logan liquidó a Luigi. Eran tan buenos compañeros que ninguno de ellos consintió que el otro emprendiese sólo el gran viaje. Se hicieron fuego mutuamente a boca de jarro, sobre los estómagos respectivos, y ambos se abatieron al mismo tiempo.

Disparé contra el último superviviente de la banda de contrabandistas, pero fallé el tiro porque él se movió. Hizo fuego a su vez y Martha lanzó un grito y se derrumbó del brazo del sillón.

Apreté dos veces más el gatillo y el *gángster* recibió una de las balas en la garganta. Se cogió el cuello como si repentinamente se hubiese tragado un abejorro. Empezó a emitir un extraño ruido, como si hiciese gárgaras, pero no pudo escupir el plomo. En vista de que todos sus esfuerzos eran inútiles, se murió.

Todo quedó en silencio.

A través de la espesa nube de humo que había en el salón busqué a Dorothy, pero no estaba donde yo la había visto por última vez.

—¡Maldita sea! —Oí que gritaban y me asusté porque era mi propia voz, pero de pronto vi que surgía de detrás del diván, temblorosa, pálida y lo primero que hizo fue mirar hacia el sitio que yo había ocupado.

—¡Bill! —exclamó.

—¡Nena!

Corrió hacia mí. Nos abrazamos fuertemente y nuestros labios se encontraron a medio camino.

De pronto separó su boca y se puso a sollozar apretando su cara contra mi pecho.

—¡Oh, Bill...! ¡Ha sido terrible...!

—Ya ha pasado todo, nena.

—¿Tú crees? ¿Y la policía?

—No te preocupes. Lo arreglaremos.

Oí algo que se movía a mis espaldas y giré rápidamente. Era Martha. Se estaba arrastrando hacia la bolsa que contenía los brillantes. Vi su pecho bañado en sangre.

—Estate quieta, Martha.

—Quiero verlos, Bill —gimió—. Quiero verlos... Son míos... Me pertenecen.

—Te vas a desangrar.

Se detuvo con la respiración jadeante y me miró.

—Tú no me los quitarás, ¿eh, Bill?

—¿Quién habla de quitártelos? Pero será mejor que no te muevas. Te llevaremos a Key West y allí te curarán.

—Enséñamelos, Bill, por favor.

—De acuerdo, nena —la miré fijamente. Estaba en las últimas. Debía tener incrustada la bala cerca del corazón.

Me encaminé adonde estaba la bolsa y la cogí del suelo. Ella alargó la mano y la tomó de la mía. Volcó su contenido en el suelo y algunos de los brillantes rodaron. Los abarcó con la mirada rápidamente.

—Son míos —repitió—. Valen un millón... Me han costado mucho trabajo... Nadie puede arrebatármelos... Mucho trabajo —se

interrumpió haciendo una mueca y de pronto lanzó un suspiro ahogado y se desplomó.

Su pecho quedó justo encima de los brillantes, los cuales empezaron a teñirse de sangre y quedaron poco a poco enrojecidos.

—Vámonos de aquí, Bill, por favor —exclamó Dorothy cogiéndome del brazo.

—Sí, nena. Vámonos ya.

Echamos a andar y salimos de la casa.

Elegí para el viaje la embarcación de Jim Logan. Ahora no se movía una chispa de aire. Todo estaba en calma.

Y el mar se sosegaba también.

En cuarenta y cinco minutos llegamos a Key West.

Durante todo el trayecto Dorothy y yo permanecemos abrazados, junto al timón, pero en silencio.

Cuando atraqué en el puerto, ella me preguntó:

—¿Qué vas a hacer, Bill?

—Avisaré a la policía, pero no daré mi nombre. Será mejor que te separes de mí.

—¡Oh, no, Bill!

—Vete a Miami. Es una orden. Espérame en el mismo hotel. Yo iré por ti en cuanto pueda.

—No, Bill.

—He dicho que te marches.

Nos miramos fijamente. Ella tenía los ojos húmedos de lágrimas. Se mordió el labio inferior con fuerza y finalmente hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y abandonó la barca.

La vi andar presurosa hacia el hotel y yo quedé muy solo.

CAPÍTULO XIII

Era media mañana. Ahora estaba en el hotel, pero antes avisé a la policía desde la cabina de un bar.

A través de mi ventana pude contemplar el alboroto que se había armado en el puerto. Vi muchos uniformes y barcas que iban y venían. Juan Manuel haría ese día y los siguientes un buen negocio con los turistas. Todos querían ver aquella isla donde se había desarrollado el último acto del drama con el que yo estaba relacionado.

Al final me cansé de fumar y recordé que hacía muchas horas que mi estómago no recibía alimento.

Pedí por teléfono que me sirviesen unos emparedados y cerveza. Llegó un mozo y lo dejó todo sobre la mesa del *living*.

Le largué un dólar de propina, mientras le preguntaba:

—¿Cómo va todo por ahí fuera?

—Dicen que dos bandas de contrabandistas se liaron a tiros en el Cayo de Luigi. No ha quedado uno para contarlo.

—¿Cómo lo sabe?

—Pelearon por ciertos brillantes. Tengo un amigo en la policía local, ¿sabe?

Le di las gracias y se marchó. Permanecí pensativo mientras despachaba la comida. Finalmente decidí poner una conferencia a Nueva York, a mi amigo Mike Herbert.

Cuando se encontró a la otra parte y supo quién era yo estuvo a punto de colgar.

—Espera un momento, Mike —le dije—. He cambiado. Quiero trabajar en serio.

—¿Tú, Bill? No me hagas reír. Te he buscado empleo cuatro veces y siempre terminaste a la gresca. Eres el descrédito de la profesión.

—Escucha, Mike; ahora es cierto. Me voy a casar.

—¿Cómo dices? —soltó una carcajada y tuve que apartar el auricular de mi oído—. Tú estás borracho, Bill —agregó al cabo de un rato.

—Dijiste que alguna vez me llegaría el turno, ¿te acuerdas? Y yo me reí de ti. Bien; te tocó la revancha. Es cierto, viejo; quiero casarme y para hacerlo necesito dinero.

—No puedo hacer préstamos a nadie.

—Ya lo sé. Lo único que quiero de ti es que me des trabajo. Me escribiste que la Cosmopolitan de Canadá necesitaba un tipo con buena experiencia en el oficio.

—¿Y ése eres tú?

—Sabes que cumplo las condiciones.

—Son muy exigentes y tú no durarías allí un día. Antes de deshacer el equipaje te estarías pegando con el tipo que te diese la bienvenida.

—¡Te repito que he cambiado, Mike!

—¿Cuántas veces has dicho lo mismo?

—Esta vez es la Biblia. ¿No te he dicho que hay una mujer?

Se tomó unos segundos de tiempo. Finalmente dijo:

—Oye, Bill; haré una prueba contigo.

—¿Qué clase de prueba?

—Ven a Nueva York y me presentas a la chica. Entonces te daré mi aprobación o te mandaré al infierno.

—Está hecho, viejo —sonreí—. Antes de dos días me verás en tu despacho.

Colgué y me puse en comunicación con el registro diciéndoles que preparasen mi cuenta porque me iba. Cogí mi valija y me dispuse a salir del apartamento. Ya estaba llegando a la puerta cuando ésta se abrió y vi en el hueco a Petterson, el amigo de Decker. Tenía la mano derecha en el bolsillo de la chaqueta blanca. Sus ojillos brillantes se posaron en mi rostro. Estaba muy serio.

—¿De viaje? —preguntó.

Tragué saliva.

—Sí. Salía ahora.

Entró en el apartamento y cerró la puerta. Entonces dije:

—No tengo tiempo para conversaciones.

Se echó el sombrero atrás y pasó junto a mí, deteniéndose en el centro de la estancia.

—Se decide por el camino honrado, ¿eh, Forrester?

—Nunca me aparté de él.

—Tengo mis dudas. Usted se quiso pasar de listo...

—Eh, oiga; ¿con qué derecho me habla así?

Petterson sonrió y sacó la mano que tenía en el bolsillo, alargando hacia mí una tarjeta.

Observé ésta y sentí un estremecimiento. Era un policía y no se llamaba Petterson, sino Whitley, Spencer Whitley, agente del Departamento del Tesoro. Guardé un silencio mientras él volvía a esconder la tarjeta.

—Seguimos la pista de Decker —explicó—. Tarde o temprano hubiese caído en nuestras manos, pero no queríamos precipitarnos hasta conocer bien a los demás miembros de la banda. Usted, sin saberlo, nos ha hecho el más grande de los favores.

—¿Sí?

—Les sacó a todos de sus guaridas al limpiarles sus brillantes. Hubo conmoción general en La Habana, en Nueva York y hasta en Los Ángeles. Teníamos controlados algunos teléfonos y nuestros agentes sorprendieron conversaciones muy interesantes, todas ellas relacionadas con su golpe. En este momento se están haciendo detenciones en muchas ciudades.

Me miré la punta de los zapatos porque no sabía qué decir. Luego Whitley, alias Petterson, dijo:

—Favor por favor, Forrester. Puede marcharse.

Le miré con los ojos entrecerrados y le sonreí.

Me tendió la mano y yo se la estreché con fuerza mientras él decía:

—Felicidades por su matrimonio. Escuché su conversación con ese amigo suyo de Nueva York. Es lo que me ha decidido a concederle su oportunidad. También sabemos que fue coaccionado por Martha Garland.

—Gracias, Whitley —hice una pausa—. Encontrará a Decker en el poblado abandonado que hay en la Jungla de las Orquídeas.

—Nos hicimos cargo de él casi al poco tiempo de marcharse usted de allí.

Le miré asombrado. Prosiguió:

—Mi jefe quiso que le parase los pies a usted, pero yo fui partidario de darle cuerda. Al fin prevaleció mi opinión.

—Oiga —le dije—, ¿sabían también lo de McCabe?

—Ese asesino profesional estaba pagado por Decker para que vigilara a Martha Garland. Su cadáver fue encontrado ayer por la policía de tránsito. Supimos en seguida que usted lo había matado en legítima defensa. Mañana, en Miami, le estaré esperando para que firme una declaración y de paso aprovecharé la oportunidad para devolverle los pagarés —sonrió otra vez—. Pura rutina.

—Gracias, Whitley.

—Vamos, márchese. Creo que su chica le ha tomado demasiada delantera.

Salí corriendo del apartamento. Después de parar en el registro me dirigí a la playa de estacionamiento y de pronto me detuve porque allí me estaba esperando Dorothy.

—¡Bill!

Me acerqué a ella y la abracé, besándola en la boca.

—No podía irme sin ti —murmuró casi llorando de alegría.

La besé otra vez. Ocupamos el coche y yo pasé un brazo por sus hombros atrayéndola contra mí.

Arrancamos. Al pasar por frente al hotel vi en lo alto de la escalinata a alguien que nos despedía agitando la mano en el aire. Era el agente Whitley.

—Te quiero, Bill —dijo Dorothy.

Y empezamos a alejarnos de Key West hacia el norte, donde nos esperaba un futuro.

FIN

YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS. Impreso en España

